
SECCION DOCTRINAL.

EL LIBRO DE DANIEL. (1).

I.

Es cosa por demás sabida que el fondo de la lucha que hoy tiene lugar en el mundo civilizado, reside en último análisis entre el naturalismo y el sobrenaturalismo; entre el soberbio conato de emancipacion de la Ley divina, de que adolecen tantas inteligencias, y sobre todo, que halaga á tantos corazones, y la ley indeclinable ante la sana razon y cada vez más confirmada por una larga y triste experiencia que pide la sumision de la inteligencia limitada á la inteligencia infinita, de lo relativo y condicional á lo absoluto y necesario, del hombre á Dios. Estúdiense todos los sistemas filosóficos y sociales que pretenden sustituir á la tradicion cristiana, búsquense sus fundamentos y sus fines, y no se verá otra cosa. El hombre quiere pasarse sin Dios, que es como si quisiera respirar fuera de la atmósfera; y eso es lo que busca en los diversos y contrarios sistemas naturalistas que inventa ó resucita, materialismo, positivismo, pantheismo, atheismo, deísmo, escepticismo.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que allí donde lo sobrenatural está patente y manifiesto, el espíritu de incrédula independencia haga los mayores esfuerzos por sustraerse á su yugo; que si hay un libro, aunque tenga á su favor todos

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre este importante artículo del Sr. Caminero, como lo hicimos respecto de los del Padre Zeferino Gonzalez y del Sr. Aufran en los cuadernos anteriores.

los caracteres de autenticidad y valor histórico que pueda pedir el crítico más escrupuloso, se afane por desacreditarle, hasta privarle de toda autoridad; aunque para ello sea necesario chocar de frente con el más severo juicio de una razón desapasionada.

Esto sucede con el libro de Daniel, venerado por la humanidad culta hace más de veintitres siglos, y considerado por la incredulidad moderna, imitando á la antigua, como una superchería indigna, como parto de un impostor, ó al ménos como una leyenda consignada con sana intencion, con fin patriótico, pero que miente á sabiendas desde el principio hasta el fin. Tal es la idea que se forma de este libro admirable, primer ensayo de una filosofía de la historia, por el racionalismo bíblico alemán, al que copia, como suele, el francés, y el español en tercer término imita sin criterio propio, sin ciencia y sin conciencia.

Por eso tenia yo hace tiempo el deseo de exponer imparcialmente á los lectores españoles que no están ya del todo sumidos en la sima del racionalismo, los fundamentos alegados en pró y en contra de la autenticidad del libro de Daniel, como lo hice no há muchos años con el cuarto Evangelio, á cuyo estudio ningun escritor español, que yo sepa, ha replicado palabra. Para ello me preparé, haciendo una traduccion directa del texto hebreo y caldeo, que pensaba acompañase al estudio que ahora emprendo, pero que suprimo porque no es de absoluta necesidad para el caso, pues cuanto diga puede entenderse leyendo la version latina ó cualquiera de las españolas.

II.

Para mayor claridad delinearemos en breves rasgos la persona y el libro de Daniel. Oriundo de la estirpe real de Judá, fué llevado cautivo á Babilonia en la primera expedición de Nebucadr-atzer (Nabucodonosor) contra la Judea, en el año 607, ántes de la Era cristiana. Era entónces un jovencito, y fué elegido con otros jóvenes nobles para recibir una educación que le hiciera digno de la espléndida corte babilónica,

y de desempeñar sus más elevados destinos. En ella sobresalió entre todos por su piedad, su probidad, su religiosidad y sabiduría, la cual manifestó de una manera extraordinaria interpretando los sueños del rey, cosa que no pudieron hacer los otros sabios; como que ahora se trataba de un negocio al que no alcanzaban las artes caldeas *sin el espíritu del Dios de Daniel*, como dijo asombrado Nabucodonosor. Subió, pues, á los puestos más elevados, y vivió casi constantemente en la corte, favorecido especialmente por Nabucodonosor, Darío medo, y por Ciro, primer rey persa de Babilonia. Sábese que vivía el año tercero de este rey, esto es, por los años 535 ó 534, ántes de la Era vulgar, de modo que debió llegar á una edad de noventa años próximamente, viendo pasar sucesivamente los reinos de Nabuco, Baltasar, Neriglisor, Labusarac y Darío, y presenciando la caída del imperio ante la pujanza de Ciro, como él mismo lo había predicho.

Distínguese Daniel de los otros profetas, muy principalmente, por el don de milagros, como lo requería singularmente el estado de su pueblo en medio del mundo pagano, no tanto para confirmar en la fé á los suyos, cuanto para que Dios fuere glorificado entre las gentes. Por eso dice Zündel: «Tan pronto como Israel se encuentra con los pueblos paganos, como el arca santa en el templo de Dagon, su historia se hace más milagrosa. No sucedieron ménos milagros á la vista de Faraon por consideracion á Israel, que los que ahora acaecen ante los reyes caldeos.» Tambien en la forma se distinguen sus profecías de las de los otros profetas, por ser todas ellas visiones, cosa que en los otros es sólo excepcional, si se prescinde de Zacarías, profeta posterior. Se parece en esto al Apocalipsis, y conviene perfectamente á su objeto, porque las profecías de Daniel no van dirigidas precisamente á sus contemporáneos, como los discursos de los otros profetas, sino que tienen por objeto confirmar en la fé á las generaciones futuras que habian de admirar su exacto cumplimiento. Pero el carácter más importante de las profecías de Daniel, comparadas con las de sus predecesores en el ministerio, consiste en la diversa manera de considerar lo porvenir. Los otros lo enlazaban todo con la historia de Israel, Daniel con la del mundo;

para aquellos el reino mesiánico es como la continuación de la theocrácia hebrea; para Daniel es el último grande imperio universal; aquellos consideran los destinos de los pueblos desde el punto de vista hebreo; Daniel considera los destinos de Israel desde el punto de vista de los pueblos paganos. Por eso expone tan detenidamente lo porvenir de dichos pueblos, singularmente de los que habian de tener mayores conexiones con Israel y con el sucesor de éste, ó sea con el cristianismo en sus principios, como lo fueron el imperio persa, el macedonio, los de Egipto y Siria, y, en fin, el imperio romano.

En pocos años se vió Israel en cuatro bien distintas situaciones, y Dios le proporcionó cuatro grandes profetas que le ilustrasen en los caminos convenientes. Cuando comenzó á dormirse en su prosperidad, Isaías se levanta y dice: « ¡Tu Dios es *santo!* ¡Míralo bien! ¡Despierta! El juicio amenaza tu cabeza. » Israel desprecia el aviso, y las amenazas se cumplen ó van á cumplirse próximamente. Entónces Jeremías le dice: « ¡Dá gloria á Dios! ¡El Eterno es *justo!* ¡Has pecado! ¡Acepta con sumision el azote! » Los que llevados ántes á tierra extranjera no presenciaron el desastre nacional, se habian resignado, aunque no sin caer en sombrío desaliento. Ezequiel entónces les dice: « ¡Dios es *poderoso*, ten ánimo, volverás á vivir! » Aparece luégo Ciro y puede Israel volver libre á la patria; pero su imaginacion se exalta, creen próximos los dias de gloria bajo el imperio del Mesías. Entónces Daniel calma esta efervescencia carnal. « No, la hora gloriosa está todavía distante. Hay que perseverar y permanecer fieles durante siglos; pero llegará el dia en que las palabras del *Eterno* tengan su cabal cumplimiento. » Hé aquí los cuatro divinos mensajes tan aplicables á las naciones como á los individuos. En la prosperidad nos recuerdan que todo el que se ensalza será humillado. En el sufrimiento nos recomiendan abnegacion sumisa, la humildad de quien se reconoce culpable. Para que no caigamos en desesperacion se nos dice: hay un porvenir, un premio para los esforzados, una restauracion para los caidos. Finalmente, á nuestras impaciencias responde la voz: ¡espera! ¡ten calma! deja que el fruto

madure. La era del bien no llegará sino cuando brille sobre nosotros el *sol de justicia*; la gloria, según el orden divino, es un corolario de la santidad. Esta es la palabra de Daniel, el cantor divino del Eterno entre todos los hombres y para todos los siglos.

El libro de Daniel comprende sólo catorce capítulos, y doce en el original; pues el himno de los jóvenes arrojados al horno y la historia de Susana y de Bel y el Dragon, sólo se hallaron en griego, y constituyen la parte deuterocanónica, que no admiten tampoco los protestantes ortodoxos ó supernaturalistas. Hasta el capítulo 6.º inclusive y los dos últimos, es histórico, refiriéndose la biografía de Daniel y los milagros que con él y sus compañeros obró Dios; en los otros capítulos está la parte propiamente profética. Desde el verso 4.º del 2.º capítulo hasta el 28 del 7.º está escrito en caldeo; lo demás en hebreo, ménos la citada parte deuterocanónica. El estilo es totalmente prosáico, distinguiéndose en esto también de los otros profetas, cuyo estilo se aproxima más, aún en la forma, á la poesía que á la prosa. De los caracteres lingüísticos tendremos ocasion de hablar adelante.

III.

De los constantes y tenaces trabajos hechos en los últimos tiempos sobre el libro de Daniel, un resultado parece fuera de duda, al ménos en él convienen racionalistas, protestantes y católicos, y es la unidad del libro, el ser todo él obra del mismo autor, considerada únicamente la parte hebrea y caldea del mismo. De la parte que se llama deuterocanónica y no admiten los protestantes, no queremos ocuparnos en esta ocasion; la controversia científica con ellos apenas merece nuestra atención: otra cosa, que no es la teología ni la ciencia, mantiene aún vivo al protestantismo supernaturalista.

El importante resultado que hemos dicho acerca de la unidad del libro, no está contradicho por ningún crítico de nota, que sepamos, y en ello conviene el mismo Ewald. Puede, con

todo, pensarse con Haneberg, hoy obispo de Spira, que alguna otra persona reunió en un libro las notas y relaciones sueltas que dejara Daniel acerca de sus revelaciones y hechos más importantes de su vida. Así pudo suceder, aunque tenemos á esta hipótesis por innecesaria para la apologética católica, y por tanto no haremos uso de ella.

Hablando Daniel repetidas veces en primera persona, y dada la unidad del libro, es preciso decir que verdaderamente le escribió Daniel, ó que el autor intentó engañar á sabiendas á los lectores. No es, por consiguiente, la autenticidad de este libro un asunto de poca importancia, como la cuestion v. gr. sobre el autor de los libros salomónicos. Aquí no hay medio. Si le escribió Daniel, fué ciertamente un profeta admirable, que predijo sucesos imposibles de prever por ningun entendimiento criado y que se cumplieron con pasmosa exactitud. Esto deja fuera de duda su divina inspiracion, y por consiguiente su veracidad al referir los estupendos milagros que refiere. Claro es que con esto queda completamente arruinado el racionalismo, que ni hablar quiere de milagros, profecías, inspiracion ni nada sobrenatural.

Si, por el contrario, el libro no es de Daniel, es de un impostor que miente á sabiendas, aunque sea con el buen fin de alentar á los hebreos en su patriótica lucha con Antioco Epífanes, y aunque nos ofrezca la ventaja de hacer una buena pintura de las ideas y aspiraciones de su pueblo en la época del citado rey; pues ni aquella buena intencion ni estas ventajas justifican ni disculpan la superchería, la obra del falsario. Doctrina constante es esta en la Iglesia católica y expresamente enseñada por San Pablo, por más que calumniosamente se acusa de practicar y enseñar la contraria á muchos Papas, á los jesuitas, etc., como con gran disgusto hemos visto en autores graves y de mérito, pero engañados por añejas prevenciones. Y si el libro es una superchería del segundo siglo ántes de Cristo,—pues eso tiene que ser, no siendo auténtico,—la nacion hebrea, toda entera, fué seducida por un impostor; lo fué Jesucristo, que en numerosas ocasiones llamó á Daniel *profeta* y citó sus palabras, y se aplicó el nombre del *Hijo del hombre*, que aparece en sus profecías, y supuso que

esas profecías procedían de divina inspiración, y tenían, por lo tanto, que cumplirse. Y si Jesús se engañó, y sus apóstoles, y su Iglesia, por diez y ocho siglos, en un asunto de tal importancia dogmática, ni Aquél era Dios, ni su Iglesia es fundación divina, y es completo el triunfo del racionalismo. No podía éste, ni podemos nosotros, ver el asunto con poco interés; porque si el libro es auténtico, siendo sus profecías tan claras y tan bien comprobadas, por confesión unánime de todos, al ménos hasta más de trescientos años después de escritas, no queda recurso al racionalismo; y si no lo es, sino una impostura, tampoco le queda al cristianismo. Es, pues, muy natural, que la escuela racionalista en masa se esfuerce por arruinar la autenticidad del libro de Daniel, y que nosotros la defendamos, si no con ánimo indiferente, con imparcialidad en exhibir las pruebas de los adversarios. En prueba de esta misma imparcialidad, enumeraremos los autores que más se han distinguido; así atacando como defendiendo la autenticidad del libro de Daniel.

Ya el filósofo neo-platónico, Porfirio, emitió el mismo juicio que los modernos racionalistas en este punto, y por las mismas razones, es á saber, por los milagros que refiere, y sobre todo por el evidente cumplimiento de las profecías que contiene. De él dice San Jerónimo: «No queriendo conceder Porfirio que este libro fuera escrito por aquel cuyo nombre lleva, sino por otro que vivió en Judea en tiempo de Antioco Epífanes, y que Daniel no predijo lo venidero, sino que refirió lo ya pasado; finalmente que, cuanto dijo hasta Antioco, contiene una historia verdadera; y si pensó algo más adelante, mintió, por no conocer lo futuro, etc.» El mismo escritor refutó esta doctrina de Porfirio, como ya ántes lo habían hecho Eusebio de Cesarea, Apolinar y Methodio. El primero que la resucitó en los tiempos modernos fué Espinosa, al que siguieron Eichhornn, Corrodi, Berthold, Bleek, Hoffmann, Maurer, Lengerke, Ewald, Wette, Hitzig, Lücke y Bunsen, por no nombrar sino á los alemanes. Renan; entre los franceses, resume bien los motivos por aquellos alegados, para justificar su opinión, igual, como es natural, á la de todos los racionalistas.

La defensa del libro ha sido hecha con toda felicidad en Alemania, por Lüderwald, Stäudlin, Rosenmüller, Hengstenberg, Hävernick, Hug, Herbst, Scholz, Keil, Hanneberg, Reusch, Delitsch, Auberlen, Zündel y otros, así católicos como protestantes. Sus razones las hemos resumido en nuestro *Manuale isagogicum in S. Biblia*, y son las mismas que alegaremos aquí más despacio. Quien mejor ha tratado el asunto despues de Hävernick, y de la *Vie de Jésus* de Renan, es el doctor Ghiringhelo, de Turin, en su *Vita di Gesù*.

IV.

Para que esta discusion sea posible, es preciso que se nos conceda una verdad propia de la filosofía, es á saber: la *posibilidad* del milagro y de la profecía propiamente dicha. No necesitamos otra cosa; y parece que no es exigir mucho, pedir que se nos conceda, no la *realidad* de aquellos efectos sobrenaturales, sino sólo la *posibilidad*. Para negarla es necesario considerar á un sistema de filosofía incompatible con ella, como el materialismo, pantheismo ó deísmo, tan evidente y necesario, que no permita duda ulterior; y aunque los hombres de escuela están acostumbrados á dejarse llevar demasiado adelante por el fervor de sus opiniones, no han reclamado todavía el dictado de infalibles; no suelen tener por evidentes é incontrovertibles á sus sistemas respectivos en todas sus partes. Y que no lo hacen así nuestros adversarios del momento, se colige del hecho mismo de entrar en discusion sobre la autenticidad de un libro que, si son imposibles los milagros y profecías, queda en el mismo hecho arruinado sin más esfuerzos y sin ulterior apelacion. Partiendo, pues, de aquella posibilidad, entraremos de lleno en el asunto.

Las cuestiones de autenticidad de un libro no pueden ventilarse ni resolverse sino por dos caminos: el de los datos históricos y el del contenido y forma del mismo libro. Un escrito es un hecho histórico que nos consta por él mismo, y por testimonios contemporáneos ó posteriores que nos enseñan quién fué el autor, la época en que apareció, los motivos que le oca-

sionaron, los resultados que tuvo, etc., etc; y cuando estos datos externos no están en contradicción entre sí, ni con el fondo ó la forma del libro, ó hay que creerlos, ó hay que renunciar á conocer jamás los autores de todos los libros antiguos; hay que declarar que semejantes cuestiones son irresolubles; hay que atenerse á un escepticismo histórico universal.

¿Qué datos históricos existen para atribuir á Daniel el libro que lleva su nombre? Coetáneos, ninguno ciertamente. La naturaleza de los cuatro ó cinco escritos sincrónicos que restan del pueblo hebreo, no permitía esperar que se hallasen en ellos noticias bibliográficas, y nada dicen ni en pró ni en contra de nuestra opinion; únicamente la persona del autor es citada con honor dos veces por su coetáneo Ezequiel, sin decir si es vivo ó muerto, antiguo ó reciente (Véase *Ezequiel*, cap. xiv, 14, 20, xxviii, 3). Esto prueba, á lo ménos, la existencia de Daniel, no posterior á la época de la cautividad; pues suponer que es un nombre puramente legendario, es una hipótesis vana que sólo merece desdén.

Cinco siglos despues del origen presunto del libro, hallamos que es atribuido á Daniel, profeta de la cautividad babilónica, por el consentimiento unánime de su pueblo, de lo cual son testigos, no sólo Jesús y todos sus discípulos, á quienes tal vez nuestros racionalistas no dan autoridad en estas materias, considerándolos imbuidos de todos los errores y preocupaciones populares de su nacion, sino tambien los dos únicos escritores profanos y doctos que nos quedan de aquel tiempo; esto es: Flavio Josefo y Filon alejandrino. Todo esto lo reconocen nuestros adversarios, no causándoles extrañeza, por suponer inventado el libro ciento sesenta años ántes. Deberian explicar, sin embargo, cómo pudo tener cabida este engaño universal, sin reclamacion alguna que sepamos, y probar no sólo que pudo suceder así, sino que en efecto sucedió; porque siempre y constantemente se cree de un libro que es del autor que él mismo dice, y á quien le atribuye la nacion entera sin duda ni vacilación, hasta que no resulte lo contrario, claro como la luz. Debe ser este un principio de crítica histórica, como lo es de buen sentido y de jurisprudencia.

dencia civil en casos análogos. La posesion supone la propiedad hasta que no se aduzcan en contra pruebas irrecusables; y en nuestro asunto tal es la conducta universal de los historiadores graves y críticos imparciales.

Y no sólo era generalmente reconocido y tenido por obra genuina de Daniel en la época de Jesucristo, sin la menor duda ni oposicion, sino que existió ya, ciertamente, al salir á luz el libro 1 de los Macabeos. En él se lee un discurso de Matatías en el que recuerda los milagros hechos por Dios para librar á Daniel de los leones y á sus compañeros del fuego del horno (cap. 11, 59-60). Mas este libro fué escrito, segun toda probabilidad, muy poco despues de los sucesos que narra; esto es, hácia el fin del segundo siglo anterior á Jesucristo; luego por esta época existia ya el libro de Daniel, al que sin duda alguna alude Matatías en su discurso; es decir, hácia el año 166 ántes de Jesucristo, época en que apenas conceden nuestros adversarios que hubiera sido escrito; pues el libro 1 de los Macabeos es plenamente histórico; en él fian los historiadores más graves, y apenas le combaten algunos racionalistas; y la exactitud, minuciosidad, enlace, série y armonía de la narracion, acreditan suficientemente su autoridad, probando que el discurso de Matatías no es una ficcion del autor.

Más todavía: es muy probable, y así lo juzga el mismo Bleek, que el autor del primero de los Macabeos, tuvo presente ya la version alejandrina del libro de Daniel, como lo acredita, entre otras cosas, la alusion que se encuentra al cap. 1, 54 (57 en la *Vulgata*) del último verso del cap. 1x de Daniel, poniendo *abominatio desolationis*, por *abominaciones*, como está en hebreo. Y aunque esta conjetura de Bleek no fuera exacta, y la alusion se hiciera más bien al cap. xii, 11, donde tanto el nominativo como el genitivo están en singular; todavía es muy verosímil que dicha traduccion se hiciese ántes de la muerte de Epifanes, en atencion á las grandes imperfecciones de que adolece, por falta de entender el texto, cosa bien fácil para quien supiera la historia contemporánea, y conociera, como conocia el traductor, las lenguas originales. No dejan, sin embargo, de notarse rasgos que parecen

acreditar que el traductor conocia los tiempos de Antioco, como cuando sustituye á *Kilioi* por *Romaioi*, xi, 30, y cambia las siete y setenta y dos semanas, en siete, setenta y sesenta y dos años, aludiendo al año 139 de la era de los seleucidas, primero de Antioco. Este conocimiento es más singular que raro, en un hebreo posterior y alejandrino; pero en todo caso, los defectos de la traducción no son compatibles con la presunta época reciente del original, y suponen más bien una traducción alterada por frecuentes alusiones y aplicaciones á los acontecimientos contemporáneos. De todos modos resulta que al hacerse la traducción de los Setenta, era tenido por genuino y canónico el libro de Daniel; y aunque no conste cuándo fué traducido, lo estaba ciertamente en tiempo de los Macabeos. Y aun en la versión de la Ley, que fué hecha mucho ántes, en tiempo de Tolomeo Filadelfo, se ven alusiones al libro de Daniel, como al asignar á un ángel la tutela de cada reino (Deuteronomio, cap. xxxii, 8, comp. con Isaías, xxx, 4, y Daniel x, 21 y xii, 1). Puede ciertamente eludirse esta prueba, diciendo que, como el traductor griego pudo aludir ó beber su creencia en Daniel, así el autor de éste, siendo posterior, pudo inspirarse en la alteración que habia sufrido la doctrina primera por influjo de los alejandrinos. No hacemos, con todo, un argumento demostrativo; pero insistimos en que este dogma procede de Daniel, pues no es creíble que pasara tan pronto á los hebreos de Palestina, como lo acredita el cap. xvii, 17 de Sirach, ó sea el Eclesiástico, en que el *rector, egóumenos*, corresponde al príncipe *Shar*, de Daniel, debiéndose entender por el contexto, no de los reyes ó jefes humanos de las naciones, sino de los ángeles tutelares, mientras que Israel es protegido por el mismo Dios. Y sin una autoridad canónica, venerada como tal por ellos, no es fácil que los hebreos palestinenses aceptaran esta amplificación de la doctrina angélica. Téngase presente que hablamos ahora con los que no dan autoridad canónica al Eclesiástico, que, como vemos, se inspira en Daniel, y eso que fué escrito hácia el 280, ó á lo más, aunque esto es muy improbable, hácia el 180 ántes de Jesucristo; es decir, ántes que existiera el libro de Daniel, según la escuela racionalista. ¡Es decir, que le copia ántes

de que fuera escrito! ¡Y la traduccion griega de Daniel sería del año 100, poco más ó ménos, cuando todo induce á creer que fué hecha en la época en que Lengerke, que esto afirma, supone la aparicion del original! Así, pues, el primero de los Macabeos, la version griega de Daniel y el Eclesiástico; suponen que nuestro libro era tenido ya por auténtico y canónico, cosa incompatible con su redaccion, hácia el año 160 ántes de Jesucristo; aunque sólo se considerase la manifiesta imposibilidad de que una superchería literaria pasara tan pronto sin reparo, en un pueblo que hacía uso constante de sus libros santos, y que no se atrevió á colocar entre ellos al de Sirach, aunque escrito en hebreo y en un todo conforme en doctrina con los demás libros canónicos, y tan honroso para la nacion, sólo porque no hubo autoridad profética reconocida que le autentificase, por decirlo así. Pero de esto hablaremos más adelante.

Otra prueba de su mayor antigüedad nos suministra una noticia de Josefo, es á saber, que el libro de Daniel fué presentado á Alejandro Magno al pasar por la Judea, indicándole las profecías que á él se referian, de lo cual quedó muy satisfecho, tratando á los judíos con gran benevolencia. Conocida como es la grande autoridad histórica de Josefo, no hay quien le reproche en esto una mentira escrita á sabiendas, y por consiguiente es preciso decir que tomó la noticia de la tradicion de su pueblo. Que esta tradicion no tuviera fundamento, es una asercion gratuita; pues, segun confiesa Hitsig, no sufre más excepcion que la de que por entónces no existia el libro. Pero esto es dar por sentado lo mismo que se cuestiona, vicio reprobado por la lógica; y si se quiere contradecir al docto y exacto historiador, es preciso alegar otras razones. Tal respeto merece la autoridad de Josefo; que el mismo De Wette sólo se atreve á decir que la citada noticia, *á lo ménos en sus principales circunstancias*, no es creible. Por supuesto, no dá la razon, y podria preguntarse cuáles son esas principales circunstancias. Alejandro estuvo en Judea (Plinio, XII, 26); ésta se le entregó espontáneamente (Arriano, *Hist.*, II, 5); y aun la circunstancia de haberse presentado el Pontífice con su mitra, la toca Justino (XI, 10: *obvias cum*

infulis multos Orientis reges habuit). También indica la diversa acogida que tuvo Alejandro por parte de los judíos y de los samaritanos, desfogando éstos su despecho con el asesinato del gobernador que les dejó, como lo refiere Curcio (iv, 8-9). El favor de Alejandro para con los judíos fué harto señalado para poder tenerse por ficción, y de él no puede alegarse otra causa que la referida por Josefo, tan conforme además al carácter de Alejandro, que hacía de la religion un instrumento de sus ambiciones. No hay, pues, motivo razonable para desmentir el aserto de Josefo, tan verosímil si existía el libro. Existía, pues, decimos nosotros, fundándonos en la autoridad de Josefo; no existía, dicen nuestros adversarios, no fundándose en ninguna autoridad. ¿De parte de quién se ha de inclinar el despasionado é imparcial?

Hay otro libro, aunque apócrifo, escrito en su mayor parte durante la persecucion de Epifanes á los hebreos fieles, y es el tercero de los libros sibilinos. Obra esta de un hebreo alejandrino de aquella época, segun fundadamente opinan Bleek, Gfrörer y Lücke, con la generalidad de los críticos modernos, depende en gran parte del libro de Daniel, cuyas profecias aplica á su época, pintando á Epifanes como un retoño del imperio macedónico, con idénticos colores á los empleados por Daniel, y hasta repitiendo sus propias frases (Comp., iii, 319 y sig., pág. 411 ed. Gall. con Daniel, vii, 7-8; xi, 20). Resulta de aquí, como hemos dicho ya de la traduccion griega de Daniel, del primero de los Macabeos y del Eclesiástico, que por la época supuesta de la redaccion del libro, era traducido, aludido, imitado y tenido por obra del Profeta de la cautividad; y no sólo por los hebreos palestineses, sino por los alejandrinos. Todo esto es demasiado fuerte para que podamos aceptar una aparicion tan tardía; y sólo se explica bien admitiendo su existencia muy anterior á la época de Epifanes, cuya conducta, tan bien delineada por Daniel, dió al libro una autoridad extraordinaria. A ella se refiere el dicho talmúdico de que *todos los Profetas, puestos en balanza con Daniel, pesan menos que éste*; dicho que prueba cuán firme era la fé de los hebreos doctos en la autenticidad de este libro, del que sin embargo sacaban los

cristianos sus principales argumentos contra ellos; y la conducta de Josefo y la de todo el pueblo durante la guerra última con los romanos es una prueba evidentísima de su fé en las profecías de Daniel, incompatible con duda alguna acerca de su autenticidad.

Otra razon extrínseca en favor de ella tenemos en el hecho mismo de haber sido inserto en el cánon hebreo de los libros santos, esto es, de haber sido agregado á ellos, gozando entre los fieles de autoridad sagrada. Porque es constante que desde poco despues de la vuelta de la cautividad no se agregó al cánon ningun nuevo escrito, por falta de autoridad profética que confirmase públicamente su carácter sagrado. Así lo han creído constantemente los Padres y Teólogos, fundándose en el pasaje siguiente del docto y grave historiador Josefo (*Contra Apion*, I, 8): «Entre nosotros no hay multitud de libros que disientan y pugnen entre sí, — parece una alusion á la multitud de los libros de filósofos é historias griegas, — sino sólo veinte y dos libros que contienen la historia de todo el tiempo pasado, *y son reputados con razon como divinos*. De éstos, cinco son de Moisés, que contienen las leyes y la série de sucesos pasados desde la creacion del linaje humano hasta la muerte del mismo Moisés. Este espacio de tiempo encierra unos tres mil años. Desde la muerte de Moisés hasta la dominacion de Artajerjes, el que reinó en Persia despues de Jerjes, compilaron los Profetas que sucedieron á Moisés los sucesos de su tiempo en trece libros. Y los cuatro restantes presentan los himnos en alabanza de Dios y preceptos utilísimos de moral. Además, desde el reinado de Artajerjes hasta nuestra Edad se ha puesto todo por escrito, pero no mereció tanta fé y autoridad como los libros anteriores, *á causa de no haber sido tan manifesta la sucesion de los Profetas.*» Este testimonio explícito de Josefo se presta á cierto comentario que no importa á nuestro actual propósito, mas para él es completísimo. Por de pronto indica la clasificacion tradicional de los libros santos entre los hebreos en *Ley, Profetas y Hagiógrafos*, que todavía se usa en las Biblias hebreas, y está indicada repetidas veces por Jesús, y mucho ántes en el prólogo del Eclesiástico; lo cual demues-

tra la existencia de un cánón ó catálogo de los libros tenidos públicamente por inspirados de Dios, ó *divinos*, como dice Josefo.

Pero lo que ahora más nos importa es que, hallándose Daniel entre los citados libros — en el grupo de los *hagiógrafos*, por motivos que despues diremos, — es claro que tuvo que ser introducido ántes del fin del imperio de Artajerjes. Luego si tiene valor el testimonio de Josefo, cae del todo por tierra la doctrina de nuestros adversarios. Que no tenga valor alguno, sólo lo dicen, mas no lo prueban estos señores, estando todos los indicios aquí, como siempre, en favor de la veracidad histórica de Josefo. Por de pronto está conforme con la naturaleza del asunto; porque ya se entiende que el pueblo hebreo no habia de recibir como inspirado un escrito, aunque fuera exacto y piadoso, si no le constaba su inspiracion, y ésta sólo la puede manifestar Dios ó un enviado suyo, como los Profetas, que por tales eran recibidos en virtud de sus mismas profecías cumplidas, ó por los milagros que solia hacer Dios por su ministerio. Nada importaria aquí la risa de los racionalistas, pues se trata de Josefo y los hebreos, que creian todos en el milagro y profecía; pero no eran tan supersticiosos y crédulos, que admitieran por divino lo que no iba autorizado con el lenguaje de la Divinidad. Por otra parte, se sabe que desde Ageo, Zacarías y Malaquías cesó el ministerio profético en Israel, y no pudo, por tanto, recibirse en el cánón ningun libro nuevo, ó, aunque antiguo, perdido y vuelto á encontrar; como no pudieron tomarse resoluciones de carácter religioso hasta que viniera *el Profeta fiel*, como se ve en el primero de los Macabeos, iv, 45-46; ix, 27; xiv, 41; lo cual corrobora lo dicho por Josefo.

Finalmente, no se prueba que haya en el cánón hebreo libro alguno, ni parte de libro, posterior á la época asignada. Por eso, como hemos dicho, no fué recibido el libro del Eclesiástico, escrito en hebreo, ni ninguno de los que por esta causa se llaman deuteroconónicos, y los protestantes suelen llamar apócrifos. La opinion de Berthold, de que algunos de los Salmos son del tiempo de los Macabeos, es infundada, y está abandonada hoy por todos los racionalistas, áun por los

que ántes la habian calorosamente defendido, como De Wette y Gesenius. Bleek alegó algunas razones para sostener la formacion sucesiva y moderna de dicho cánon, pero tan fútiles, que no es preciso detenerse á refutarlas despues de haberlas pulverizado Henstenberg.

Así, pues, todas las razones ó pruebas testimoniales acerca de este asunto están en favor de la autenticidad del libro de Daniel, pues todas convencen que es anterior á los tiempos de Epifanes; y siendo así, tan maravilloso y divino es siendo de Daniel, como si sólo fuera uno ó dos siglos anterior á los Macabeos; lo mismo perjudicaria á los racionalistas y por idénticas razones.

V.

Las pruebas internas ó sacadas del libro mismo, que son las que más suelen agradar á nuestros contrarios, como tan poco amigos de la autoridad y de la tradicion, favorecen completamente nuestra creencia. Desde luego, como el libro es de un autor, y éste habla en varios capítulos en primera persona y se llama Daniel, no queda más recurso que admitir su autenticidad, ó declararle obra de un falsario que quiso engañar de propósito deliberado. Mas semejante intento del autor es inverosímil de suyo, atendiendo á la naturaleza del libro y al carácter de la nacion, tan reservada en esta materia, como nos lo han dicho Josefo y el primero de los Macabeos; porque debió naturalmente pensar que no saldria con su intento, que no lograria hacer correr como auténtica una obra de que no habia noticia, y atribuida á un gran personaje de tiempos remotos, ya elogiado por Ezequiel. No puede tal intento, y ménos aún su ejecucion y éxito completo, suponerse, ni ménos admitirse sin pruebas demostrativas, y sólo por ese principio *à priori* que consiste en rechazar todo lo que lleva trazas de sobrenatural. No hay otras pruebas fuera de ésta, como veremos al exponer las de nuestros adversarios. Para todo el que admita la posibilidad de lo sobrenatural, de la intervencion divina en las cosas humanas, no se ofrece en todo el libro, bien é imparcialmente estudiado,

prueba alguna de falsificación; la cual en este caso sería, no sólo un engaño literario, sino un sacrilegio cometido por un hombre que en toda su obra se manifiesta lleno de religión y piedad, profundamente respetuoso á las leyes de Jehovah, entre las cuales habia leído seguramente muchas veces la reprobacion del fraude y la mentira. El *fraude piadoso* pugna aquí con el carácter del autor y con la imposibilidad de que se lisonjeara de salir con su intento, y pugna más aún con la de que de hecho lo lograra, tan completamente como hemos dicho, en toda la nacion, y hasta entre los desterrados en Egipto.

Hemos visto que el libro de Daniel tiene casi cinco capítulos en caldeo y lo demás en hebreo; anomalía singular que es otra prueba interna de su autenticidad, y otra el carácter mismo de las lenguas hebrea y caldea empleadas. No se concibe qué motivo pudo tener un falsario de la época de los Asmoneos para emplear las dos lenguas. La hebrea era para el autor embarazosa, la escribía con dificultad, mientras que la caldea le era familiar. El pueblo, por otra parte, ya no entendía el hebreo. ¿Por qué, pues, emplearía el falsario una lengua que le costaba trabajo y no manejaba bien, para producir impresion en un pueblo que no la entendía? Si se inventó el libro como fruto de la exaltacion patriótica causada por las persecuciones de Epifanes y para excitarla más y más, ¿por qué no habló el autor en todo su escrito el lenguaje que el pueblo entendía, y él usaba tan perfectamente, y se tomó un trabajo inútil, escribiendo la mayor parte en una lengua muerta, que le costaba tanto trabajo y el pueblo no entendía? Si para asemejarse á los otros Profetas, que escribieron todos en hebreo, que es la opinion de Kirms, debió escribirle todo en hebreo, ó al menos toda la parte profética, y no lo hace así, sino que comienza la narracion en hebreo, y bruscamente, al referir unas palabras de los sabios de Babilonia, lo hace en caldeo, y así continúa hasta la conclusion del capítulo VII, siendo todo este capítulo exclusivamente profético. ¿Sería para que se creyese más fácilmente la superchería, haciendo notar que Daniel podía escribir en las dos lenguas, como dice Rosenmüller? Esto supone un grado

de impostura y superchería de que son capaces pocos impostores, y evidentemente está discurrido para salir de una posición embarazosa, viendo que todos los caracteres del libro concurren á corroborar su autenticidad; por lo que el mismo Rosenmüller dice que lo más sencillo es atribuirle á Daniel, si se quiere explicar esta singular circunstancia. Además, Ezequiel escribió en Babilonia todo su libro en hebreo, aunque allí conoció de seguro el caldeo.

Mas en Daniel se concibe muy bien, ya que el hebreo era su lengua materna; y su continúa estancia y trato con los caldeos, y el constante empleo de la lengua de éstos en el trato diario y comun, explican cómo conocia ambas, pero usaba mejor la que más frecuentaba. El pueblo tambien entendia sin duda las dos, porque no hacia setenta años que habia sido trasportado, y no podia haberse olvidado por completo el hebreo, al ménos entre los hombres de edad; y por otra parte, consta que cambió de lengua con el cautiverio, despues del cual la lectura de los libros santos que se hacia al público en las fiestas, tenia que explicarse oralmente en caldeo, de lo cual nacieron posteriormente las versiones caldeas de la Biblia, llamadas *los Targums*. No se sabe qué motivo particular impulsaria á Daniel para el empleo de ambas lenguas en su libro, hecho quizá de muchas veces, y acaso con el carácter de apuntes que se habian de ordenar y uniformar más tarde, cosa que, segun Haneberg, hizo una persona posterior, que no se atrevió á traducir al hebreo los trozos caldeos ó vice versa. Si Daniel escribió en trozos su libro con ánimo de arreglarle despues y publicarle en hebreo, como lengua oficial de su nacion, se concibe muy bien que escribiera algunos en caldeo, como lengua que le era más familiar, y luégo, por cualquiera causa, no siguiese en su propósito y los dejase como estaban, ya que en ambos dialectos eran inteligibles para su pueblo. Mas nada de esto pudo suceder trescientos años despues, y no habia motivo ni utilidad alguna en que siguiera este procedimiento un falsario de la época macabáica, que habria concebido y ejecutado su plan con toda deliberacion y tomando toda clase de precauciones para imponer á su pueblo y producir en él mayor exaltacion

patriótica. El ejemplo de Ezequiel, escribiendo en hebreo, aunque desterrado en Caldea, quitaba la necesidad del uso de las dos lenguas con el fin de que pasase el libro más fácilmente por obra de un autor de la cautividad. Si el impostor se proponía dar autoridad y respeto á su obra, debió escribirla toda en hebreo; y si quería más bien excitar el celo y patriotismo de su pueblo, debió hacerlo en la lengua caldea que éste únicamente usaba.

Y el carácter mismo de las lenguas que emplea Daniel conviene mejor á la época de la cautividad que á otra muy posterior, pues, segun el mismo Gesenius, tiene grande analogía el hebreo de Daniel con el de libros bastante anteriores á la cautividad; más aún con los de Esdras, Nehemías, Zacarías y Malaquías, todos coetáneos de Daniel, siendo el de Ezequiel, otro contemporáneo, el que más anomalías gramaticales contiene, cosa natural en ambos, á causa del uso diario del idioma caldeo. Un autor muy posterior, y que escribe además con ánimo de engañar, se hubiera esmerado en imitar el hebreo clásico, aunque algunas veces cayera en alguna irregularidad, propia del que imita una lengua que no es la suya, y en los tiempos asmoneos se hablaba el caldeo degenerado, que por eso suele llamarse siro-caldáico.

Pues la parte caldea del libro contiene formas gramaticales que se hallan en la parte caldea de Esdras, y el único verso caldeo que hay en Jeremías (x, 11); mientras que apenas se encuentran en los Targums, poco posteriores á la época de la supuesta aparición de nuestro libro en el segundo siglo ántes de Jesucristo. Esta semejanza con monumentos literarios de la época de la cautividad, y esta desemejanza con los que pertenecen á los tiempos próximos á Jesucristo, es una nueva prueba de la autenticidad del libro, sopena de decir que por más de tres siglos no cambió nada el caldeo usado por los judíos, mientras que en siglo y medio cambió de repente de una manera tan considerable. A esto no se puede responder cosa de sustancia, como lo ha demostrado Hengstenberg, contestando á las fútiles observaciones de Berthold y Bleek; mientras que Quatremère pensaba que hay en el caldeo de

Daniel muchos arcaísmos, que resultarían aún más numerosos si se prescindiese de la puntuación masorética. Así, pues, el uso de las dos lenguas y el carácter de las mismas, convienen perfectamente en la época verdadera de Daniel, y son del todo inexplicables en tiempo de Epifanes y los Asmoneos.

Si el nombre de Daniel no era conocido, ni se tenía idea alguna de su vida, ni siquiera existió nunca, como pretenden algunos adversarios, es absolutamente imposible explicar la suposición del libro en tiempo de los Macabeos, además de ser incompatible con las citas de Ezequiel, que hemos alegado antes. Es, pues, necesario que la leyenda de Daniel se inventara por la época de la cautividad, ó mucho antes, como le parece á Renan. Si la tal leyenda es tan antigua, ¿cómo pudo su autor ver tan claro lo porvenir? Y si sólo se refería al carácter personal de Daniel y no á sus profecías, ¿cómo pudieron los hebreos antes de la cautividad inventar un carácter, un tipo, que no podía entenderse sino viviendo en país extranjero? ¿Cómo pudieron los hebreos de Palestina idear un carácter y escenas imposibles no siendo en tierra extraña y en tiempo posterior?

Si ya que no inventada, fué esta leyenda trasformada en tiempo de los Macabeos, lo habría sido conforme á las preocupaciones contemporáneas y al estado general de los ánimos por entónces. Pues todo sucede al contrario. El libro de Daniel, esto es, la supuesta leyenda, nos presenta al héroe como viviendo en la cautividad, modelo de rectitud y justicia, instrumento de la salvación propia y ajena, que son los caracteres con que aparece en Ezequiel. Y siendo éste el primero que le nombra, no es posible admitir una leyenda mucho más antigua; y pintándole con los mismos caracteres con que aparece en su libro, ó con que él mismo se pinta, se manifiesta que no hubo esa pretendida alteración en la época de la aparición del libro, de la idea que se tenía de Daniel en la de la cautividad. Es decir, que nos hallamos en el terreno de la historia y no en el de la leyenda. Daniel se nos presenta además como aplicado á las ciencias y artes caldeas, y por consiguiente á la magia, astrología y adivinación, condenadas y detestadas en tiempo de los Macabeos, como artes idolátricas;

se nos presenta viviendo siempre en las cortes paganas, no sólo tolerante en materias religiosas, sino tratando familiarmente con príncipes idólatras, siendo su amigo y fidelísimo servidor; se nos presenta á veces interpretando los sueños, ménos por divina inspiracion que por su ingenio natural, ayudado por los estudios hechos en Babilonia (véase iv, 16); cosas todas inconcebibles en un hebreo exaltado del tiempo en que perseguia su religion un Antíoco Epífanes, en que por ella se derramaba la sangre de los más nobles y celosos judíos, en que regian al pueblo en lo temporal y le llevaban á las batallas los sumos sacerdotes de la nacion. El carácter con que aparece Daniel en su libro, es, por lo tanto, contrario al que hubiera inventado la imaginacion hebrea del tiempo de los Macabeos, cosa que jamás sucede con héroe alguno legendario, y al fin que hubiera podido proponerse el autor supuesto del libro: el exaltar más el celo religioso y hacer más profundo el odio ya general hácia las instituciones paganas y á todos los pueblos infieles. Con sólo comparar la conducta de Daniel pidiendo la vida de los adivinos y magos de Babilonia (ii, 18, 24), con la de Elías (3 Reg. xviii, 40), que debia ser el bello ideal de los hebreos perseguidos atrozmente por Epífanes por causa de la religion, basta para convencerse de que es preciso carecer de tacto crítico para suponer inventada en aquel tiempo, ó modificada en el sentido en que la tenemos, la *leyenda* de Daniel. Un autor de aquella época se hubiera complacido en hacer morir, sin dejar uno sólo, á todos aquellos adivinos, magos y astrólogos que tanto contribuian á sostener las supersticiones paganas. Tengo la íntima conviccion de que sólo esta comparacion del carácter con que aparece Daniel, con las condiciones del tiempo de los Macabeos, basta para echar por tierra la hipótesis racionalista sobre la invencion ó modificacion de la *leyenda de Daniel*, ante todo el que la estudie con imparcialidad y algun buen sentido crítico.

Un autor hebreo de la época de los seleucidas debia estar muchísimo ménos enterado de lo que está Daniel de la historia de Babilonia por los tiempos á que se refiere, ya que los historiadores griegos caen en manifiestos errores, discrepan entre sí y con Beroso, y apenas citan un nombre propio sin

estropearle, hasta el punto de que es difícil reconocerlos en la lengua original, tan parecida á la hebrea como diversa de la griega; mientras que en Daniel, como en Esther, se reconocen y confrontan fácilmente con los que ahora se conocen por la lectura de las inscripciones cuneiformes. Todos los errores históricos que se habian echado en cara al autor de Daniel, han desaparecido ante un estudio más completo; y no pocas veces sirve nuestro libro para entender, coordinar, conciliar ó rectificar á los historiadores profanos. Cierto que á veces se necesita una buena confrontacion de datos y testimonios históricos para este fin; pero esto favorece nuestro propósito, pues indica que las narraciones ó alusiones históricas de Daniel no están tomadas de los libros, sino por persona contemporánea y testigo de los sucesos, que los indica, mas bien que refiere, como por casualidad y sin estudio, segun le vienen á cuento para su objeto particular, que no era escribir la historia política de su tiempo. Entremos en algunos pormenores.

Por mucho tiempo se le ha culpado de introducir en la historia de Babilonia un rey medo, llamado Darío, del que no hay rastro ni noticia en los autores profanos. Ante todo, tén-gase en cuenta que éstos son muy pocos y mal enterados, singularmente los griegos, y que de Beroso y Abideno sólo quedan fragmentos. Mas de Daniel no resulta que Darío medo fuera *rey de los medos*, ni por consiguiente que hubiera en Babilonia un imperio medo de poquísimos años ántes de la conquista de Ciro. Sólo dice que era hijo de Assuero, *de la raza de los medos*, no pudiéndose asegurar si este Assuero—*Ajaschverosch*, quizá *Astiages* ó *Ciajares*—habia reinado entre los medos ó no. De aquí resulta que no hay inconveniente alguno en indentificarle con Nabonedo, Labineto ó Darío Nabonedo, rey de Babilonia, destronado por Ciro y relegado á la Caramania, donde murió muy viejo, segun refieren documentos profanos. Como los nombres propios eran, por lo regular, significativos, y los reyes solian tener sobrenombres más ó ménos numerosos, pomposos y honoríficos, segun se está viendo en muchas inscripciones cuneiformes, como tambien en las egipcias; nada extraño es que distintos historia-

dores, sobre todo si son posteriores y han tenido que beber en la tradicion ó en documentos antiguos, designen á la misma persona por nombres distintos, debiendo atenerse el crítico en este asunto, más que á los nombres, á las concordancias históricas de los personajes. Por eso convienen ya los críticos, casi generalmente, en la existencia de este rey, discordando únicamente en determinar quién es, entre los mencionados por escritores profanos. Nosotros creemos que el Darío de Daniel no fué otro que el dicho Nabonedo, vencido por Ciro á los diez y siete años de reinado, y reemplazado por él, fundando así el imperio persa. Ni de Daniel se saca tampoco que este Darío, en union con Ciro, conquistara á Babilonia y diera muerte á Baltasar, sucediéndole inmediatamente en el trono. El capítulo v debe terminar en el verso 30, como en el original, y no en el 31, que es el 1.º del siguiente, en donde se habla de otra cosa muy posterior, por lo que se comienza haciendo notar que habia ocupado el trono Darío, para de este modo dar razon de los sucesos que se van á referir. Los reyes intermedios son pasados en silencio, porque no le ocurrió mencionarlos, quizá por no haberle sucedido en su tiempo cosa importante.

Tampoco dudamos que el Baltasar de Daniel es el Evil-Merodach de los autores profanos, que reinó despues de su padre Nabuco, y es llamado tambien Baltasar por Baruch é hijo de Nabucodonosor.

El haber sido asesinado por su cuñado Neriglissor en una conjuracion, segun refieren los historiadores, concuerda con Daniel mejor que la idea comun de que fué muerto por Ciro en la noche del célebre festin, pues no parece creible que estando cercada y acometida la capital por el ejército de Ciro, se entretuvieran el rey y los altos dignatarios en orgías intempestivas. Neriglissor no murió de muerte violenta ni en el tercer año de reinado, como dice Daniel, sino en el cuarto; y Labu-sarak fué muerto á los nueve meses. Luego lo más probable es que Baltasar fuera el citado Evil-Merodach, y Darío el llamado Nabonedo, y por Abideno *Darío Nabonedo*, que es otra prueba en nuestro favor.

Daniel apunta hechos históricos como quien alude á cosas

bien conocidas de los lectores, sin cuidarse de las dificultades y contradicciones aparentes para lectores separados por siglos de los acontecimientos. Así refiere que Nabuco hizo prisionero al rey Joaquim en el año *tercero* de su reinado, cosa que refiere Jeromías al año *cuarto*; y despues de contar su propia educacion triennial en Babilonia, dice que interpretó el sueño de Nabuco en el año *segundo*. ¿Cómo conciliar esto? Entendiendo que la expedicion de Nabuco se emprendió el año *tercero* de Joaquim, pero no se terminó hasta el año *cuarto* con la toma de Jerusalem despues de ganada contra el rey de Egipto la batalla de Circesio. Daniel sólo recuerda en general el éxito importante de la expedicion, y le refiere en una forma muy natural á quien no trata el asunto ex-profeso, sino para dar razon de su propia historia. Nabucodonosor además, fué asociado al trono al emprender esta expedicion, por Nabopolasar, su padre, que murió á los dos años; y por eso, pasados tres de la toma de Jerusalem, pudo decir Daniel que habia interpretado el sueño en el año *segundo* de Nabucodonosor, á contar desde que quedó rey único.

Véase otra circunstancia que revela un autor coetáneo. Sabido y vulgar era en tiempo de los Macabeos, como ahora, que Nabucodonosor no habia fundado á Babilonia; y Ctesias, Herodoto y demás autores griegos no hablan de que la hubiera embellecido, fortificado y hecho digna de ser la corte de un poderoso imperio, cosa que en los autores hebreos se suele llamar edificar, mientras que Daniel hace hablar así á Nabuco: «¿No es esta Babel la grande, que yo edificué para casa del reino, con la fuerza de mi poder y para gloria de mi grandeza?» (cap. iv, 26). Pues Beroso y Abideno refieren que Nabuco reedificó á Babilonia, construyó un soberbio palacio, la fortificó y embelleció, y no es probable que un hebreo del tiempo de los Macabeos conociera los escritos de estos dos autores paganos y de ellos tomara sus datos.

La division administrativa del imperio en ciento veinte satrapías es recordada por el libro de Esther, Herodoto y Jenofonte, con alguna diversidad en el número, cosa fácil de concebir por alteraciones y cambios sucesivos. Mas si el autor de Daniel en la época de Epífanés tomó este dato del libro de

Esther, no se concibe en manera alguna que no hubiera señalado ciento veintisiete, como en aquel libro, incurriendo voluntariamente en una dificultad opuesta al éxito de sus planes, él que tiene tanto cuidado y se dió tal arte para engañar á su pueblo, segun dicen nuestros adversarios (véase cap. vi, 1).

Oscuras é intrincadas, y no sería demasiado decir desconocidas de los modernos, son las relaciones que por aquel tiempo ligaban á los pueblos medos y persas, y así no sabemos por qué motivo subió al trono de Babilonia Darío Nabonedo, de origen medo, dice Daniel, é hijo de Nitocris, también de raza meda y esposa que fué de Nabucodonosor, segun los historiadores profanos; pero es cierto de todos modos que el pueblo persa no prevaleció sobre el medo hasta Ciro, aunque ambos habian influido en aquel acontecimiento, debido no sabemos si á una revolucion ó á una verdadera conquista. Pues en Daniel constantemente se citan por este orden *medos y persas*, mientras que ya en Esther se dice siempre *persas y medos*, como que por entónces ya la raza persa habia oscurecido á su hermana. Por lo tanto, si el libro de Daniel fué escrito cuando habian pasado ya varios siglos, y el imperio persa habia sucumbido ante el macedónico, no se concibe posible esa manera de referir, dando siempre el primer lugar á los medos, que apenas aparecen entre el brillo é importancia que los autores griegos dan al pueblo persa. Es otra prueba de la autenticidad de nuestro libro, como lo es en general la falta de errores históricos, geográficos y cronológicos, tan natural siendo de Daniel, como inexplicable siendo de un hebreo fanático y embustero del tiempo de A. Epifanes. ¿Y de dónde tomó el autor la idea de que la estatua de Nabucodonosor fué erigida en el campo ó explanada de *Durá*, de la región ó provincia de Babilonia, ó del mismo recinto de la ciudad, como otros con mayor probabilidad pretenden? Este nombre en ninguna otra parte aparece; pero Daniel no tenia por qué explicarlo, como si un autor madrileño refiriera un hecho acaecido en el Prado ó en la Fuente Castellana. Lo mismo diremos de los ligeros toques con que apunta sucesos interesantísimos, como la muerte de Baltasar,

la sucesion de Darío y Ciro, el primer año de éste, que forma época en la historia de los hebreos, y con todo, no se toma Daniel el trabajo de manifestar cuál fué; el cumplimiento de las setenta semanas de cautividad predichas por Jeremías, sin determinar desde cuándo comenzaba la cuenta, ni ocurrir á las dificultades que presenta el asunto. Todo esto es natural en Daniel; extraño é inverosímil en un autor de la época macabáica.

El conocimiento que muestra nuestro autor de los empleos civiles y eclesiásticos del imperio, de los usos, costumbres, creencias, religion y civilizacion del país, en suma, la pintura que de él nos hace es de tal exactitud y valor, que basta leer una descripcion moderna de lo que se sabe en esta materia, así por los datos antiguos como por las inscripciones recién descubiertas y traducidas, y compararla con nuestro libro; basta confrontar las extrañas y monstruosas figuras de los tapices y demás ornamentos babilónicos con las visiones de Daniel, para quedar sorprendidos de sus analogías. Una enumeracion minuciosa sería cansada; permítase, pues, remitir al libro de Münter sobre *la Religion de Babilonia*, ó á cualquiera de las descripciones hechas por los investigadores de las ruinas y restos de aquella soberbia ciudad. Sucede aquí como en el libro de Esther: en tiempos de menor ilustracion fueron atacados uno y otro como fabulosos y caprichosos en la idea que dan de las cortes respectivas; hoy se consideran por los historiadores más graves y los más juiciosos críticos como documentos importantísimos para conocer y apreciar aquellas civilizaciones. ¿Sería esto posible en la hipótesis de haber sido forjado el libro por un hebreo, falaz, pero no muy docto, del tiempo de los Asmoneos?

Así pues, las pruebas externas é internas de la autenticidad del libro de Daniel son tales, que no siendo imposibles los milagros que refiere, ni las profecías que allí se leen, no permiten duda alguna; no hay otro libro antiguo cuyo autor nos conste con tanta certeza.

(*Se concluirá.*)

FRANCISCO CAMINERO.



SECCION HISTÓRICA.

VALENCIA.

Observaciones sobre la historia de este país (1).

HISTORIA ANTIGUA.

VALENCIA ÁNTES DE ANÍBAL.

IX.

La guerra de Agatocles, aunque en su resultado final apareció tan desfavorable para este tirano, en realidad lo fué mucho más para la púnica república, por la gran significacion que llevó en sí, y por las consecuencias que moral y necesariamente la habian de seguir. Careciendo de historias cartaginesas, porque este pueblo, segun parece, protegía y cultivaba poco las letras, y no habiendo tenido tampoco las ciudades griegas de Sicilia panegiristas, ni constituido una verdadera nacionalidad que produjese sino muy pocos patrióticos historiadores, Agatocles ha pasado á la posteridad como una entidad vulgar; como un hombre de costumbres licenciosas, que valiente y audaz, de humilde hijo de un alfarero se habia elevado como por aventura hasta general, y apoderándose despues de la soberanía de un pequeño Estado ó ciudad. Pero hasta poco ántes de aquella fecha, ¿la vida de la misma Roma, en qué se diferenciara de la de un aventurero? ¿se sabe que en su origen hubiese sido más que la reunion de un puñado de bandidos, que, por serlo, supieron cómo se debía hacer para impedir que otros lo fueran más que en pro-

(1) Véanse los números anteriores.

vecho comun, y sin más ley que la fuerza, ni más derecho que el pillaje y la violencia? Lo cierto es que Agatocles enseñó á los demás el camino de Cartago; que fué el primero que supo hacerse respetar y temer en África; el primero que osó disputar á Cartago el imperio del mar, y que toda su perdicion le avino de que no fueron suficientes los medios que pudo allegar para la realizacion material de lo que supo concebir. Cartago debiera haber visto en aquella campaña, una como adivinacion ó imágen de cuanto le podia suceder de infausto en lo sucesivo, y haber, por tanto, comprendido qué era lo que le convenia á todo trance impedir y con toda prevision evitar, dado que pudiera muy bien estar al alcance de otros, lo que en cuanto á medios no habia podido aquel régulo reunir, y sobre todo al alcance de un pueblo y de una república más potente y mejor organizada que las ciudades griegas de Sicilia. Pero Cartago ó no los supo preveer, ó no pudo impedir los grandes peligros que, como espesos nubarrones, se iban amontonando en la atmósfera que la envolvía.

Y en efecto; Cartago y Roma, dos pueblos que aspiraban á dominarlo todo en Occidente, necesariamente se habian de encontrar en el camino de su ambicion: la Sicilia ocupaba una posicion regional intermedia, y ambos quisieron dominarla, ambos quisieron poseerla y como agregarla á sus respectivos imperios. Para encaminarse á este objeto, Cartago apeló á la conquista, al derecho del más fuerte; Roma al disimulo, al derecho del más hábil: Cartago prescindiendo de la justicia siempre y hollándola abiertamente cuando entendia convenirle; Roma haciendo otro tanto, pero afectando quererla acatar y defender, y áun que fuese respetada en todas partes. La rivalidad fué en aumento y la guerra se hizo inevitable en el año 264 ántes de Jesucristo; esto es, aún no mediado el siglo III, durando esta lucha, que se conoce en la historia con el nombre de *primera guerra púnica*, 23 años. En ella los romanos acabaron por adoptar el sistema de Agatocles; llevaron tambien la guerra al África y supieron sostenerla en ambas partes, allí y en Sicilia, en la tierra y en el mar, como habia querido y no habia podido el hijo del alfa-

rero. Después de prolongada alternativa de triunfos y de derrotas por una y otra parte, los cartagineses pidieron la paz y los romanos la otorgaron, á condición de que les abandonasen todas las islas situadas entre la Italia y el África, y pagasen como indemnización de guerra, en diez años, cerca de 42 millones de reales (2.200 talentos cada año); obligándose los romanos á respetar la independencia de Siracusa, donde imperaba Hieron, aliado del pueblo romano.

Y aunque basta la sencilla enunciaci6n del hecho para comprender cuán inmensa pérdida con este éxito experimentaba Cartago, todavía aparecerá más su magnitud, si se considera cuán enormes gastos vendria soportando durante aquellos veintitres años, una república en la que todo se compraba, y en la que todo se hacia por el dinero. Con el Tesoro exhausto y los pueblos tributarios esquilados, grandes medidas económicas se hacian indispensables, y lo primero que se apresuró á hacer Cartago fué licenciar los contingentes de tropas mercenarias, cuya conservacion, sobre ser muy gravosa era por ent6nces innecesaria, así como el tener tales gentes ociosas dentro de casa, un peligro más bien que una defensa.

¿Pero cómo intentó ese licenciamiento aquella república? Del modo más inícuo. Debía á los mercenarios enormes sumas por pagas atrasadas, y decretó el licenciamiento negándose á dar ni un céntimo; lo cual era, ciertamente, haber comprado muy barata la carne humana y la sangre que tantas veces habia regado la Sicilia y enrojecido al mar. Los mercenarios se sublevaron indignados; los pueblos tributarios en África, agobiados en demasía con los impuestos, se sublevaron con ellos, y la guerra á mano armada estalló, y fué terrible y feroz, y Cartago se vió sitiada y en el mayor aprieto. Confiérese ent6nces el mando del ejército y el encargo de atacar y vencer á los mercenarios, á Amílcar Barca, el mismo que habia sido vencido en el último combate naval con los romanos, y el más á propósito, sin duda, dada la ferocidad con que habia assolado por espacio de cinco años la Sicilia; y este general sabe conllevar y entretener aquella guerra por espacio de tres años, hasta que ya dispuesta Cartago á sacrificar una suma, aunque considerable, insignificante en com-

paracion de su deuda, trata Amílcar secretamente con los númeridas, y pagados éstos se retiran, dejando al ejército de los sublevados sin el poderoso en aquel tiempo elemento de la caballería. Entónces Amílcar los ataca, los acosa y los estrecha, llevándolo todo despiadadamente á sangre y fuego.

Hé aquí en qué términos, tomándola de Polibio, refiere Lafuente esta guerra de los mercenarios:

«Ajustada con Roma la paz de Sicilia, Cartago trató de licenciar las tropas mercenarias, que le eran ya gravosas. Amotináronse éstas reclamando sus sueldos atrasados. Aquellas feroces bandas, procedentes de diferentes pueblos, que se expresaban en multitud de idiomas, excitaron y arrastraron tras sí á las ciudades africanas, irritadas entónces por el exceso de los tributos. Juntáronse, pues, á los veinte mil estipendiarios setenta mil africanos, y Cartago se vió asediada por este ejército formidable de rebeldes. Encomendó el Senado su salvacion á Amílcar Barca, que se habia distinguido en las guerras de Sicilia. Amílcar soborna con dinero á los númeridas y priva á los rebeldes del auxilio de la caballería; pero irritados éstos, aprisionan á Giscon, que habia ido á tratar con ellos, y mutilándole y desjarretándole, lo mismo que á otros *setecientos* cartagineses, los precipitan en el fondo de un abismo. Amílcar, por vía de represalias, arroja á las fieras *todos* sus prisioneros, y, cercandó á los rebeldes, los reduce al extremo de *devorarse de hambre* unos á otros. En tan apurado trance acuden los jefes á Amílcar en solicitud de paz. Amílcar la otorga á condicion de que le entreguen en rehenes las diez personas que él escogiera. Convenido que hubieron aquellos, «pues bien, les dijo Amílcar, esas diez personas sois vosotros:» y apoderándose de ellos, los hace *crucificar*. Privados los rebeldes de sus caudillos, fueron degollados hasta *cuarenta mil*. Otros sirvieron de diversion á los habitantes de Cartago, que en sus espectáculos gozaban con la muerte horrorosa que les hacian sufrir. Así terminó la famosa y horrible guerra llamada de los mercenarios. (Polibio, lib. 1.)» Despues de leer esto, preciso es exclamar horrorizados, que si Polibio no fué desafortadamente mentiroso y Lafuente sobradamente crédulo, los cartagineses, áun en

los mejores tiempos de su pujanza, fueron feroces hasta lo inconcebible.

A seguida de ese cuadro, en su primera mitad tan mal perjeñado, por la ausencia total de su verdadero colorido, Lafuente termina ese capítulo de su historia con estas palabras: «Concluida la cual (la guerra de los mercenarios), y en el año 238 ántes de nuestra Era, acordó el Senado enviar á aquel mismo Amílcar Barca á la *conquista* de España, donde hasta entónces se habian limitado los cartagineses á fundar colonias en el litoral y á servirse de las alianzas con los pueblos ó tribus comarcanas para reclutar auxiliares y enviarlos á la expedicion de Sicilia.» El Senado de Cartago pudo bien decretar eso acariciando en ello una ilusion (1); pero Amílcar Barca se guardó muy bien de acometer tal conquista, que su buen criterio le decia ser imposible. Necesitándose, empero, la sumision del país, que podria con el tiempo convertirse en completa y absoluta dominacion, concibió un plan que sometió á profunda meditacion, y que, si bien demuestra su gran capacidad y talento, adolecia del mismo defecto y carácter, de ser perfectamente ilusorio, pues la experiencia le hubiera dado por resultado el convencimiento de igual imposibilidad.

Desembarca en la Bética, en Cádiz, donde indudablemente tenia Cartago amigos y aliados, y áun colonias; pero como quisiese extender demasiado el radio de aquellos emporios, ya necesitó, al internarse por esta region, pelear y vencer, y obtener la sumision y los tributos de muchos pueblos con la fuerza de las armas. Emprende de allí atravesar la Península toda, en direccion á Levante, sin apartarse mucho de las costas mediterráneas; y segun iba avanzando, los pueblos y comarcas mostrábanse obsequiosos y sumisos ante sus imponentes y nunca vistas legiones, y aprontaban sus tributos, especialmente en frutos y ganado; pero en cuanto la nube habia pasado y se alejaba, al verse de nuevo libres, volvian

(1) César Cantú afirma que el Senado de Cartago envió á Amílcar á España en la confianza de que los mistanos y celtiberos acabarían con él; pero á Lafuente le gustaba poco meditar, y siempre se fué con los historiadores adocenados.

á acariciar su amor á la independencia. Y continuando su marcha Amílcar, segun se fué acercando al Ebro, iba conociendo que las simpatías de aquellos pueblos hácia Cartago iban siendo ménos, y áun en algunos puntos, como por Sagunto, nulas; pues su ojo perspicaz descubria una verdadera enemiga, mal disimulada con las párias ante el gran aparato de fuerza que le acompañaba. Por último, ántes, mucho ántes de llegar á la extremidad oriental de los Pirineos (1), ya su conviccion era profunda de que la Península toda, se armaria y se volveria contra Cartago, en cuanto los romanos, poniendo el pié en ella, la incitasen y alentasen con su alianza y apoyo. Y todo esto le hace meditar, y le persuade cada dia más, del plan que allá en su mente revuelve.

«Es con preferencia á todo preciso, no desceñir nunca en España la capa de la amistad, y sólo calar el yelmo y abrazar el escudo, en casos singulares de una rebelion ó resistencia ultrajantes. Es preciso tener con los naturales otros miramientos que con los sicilianos, los corzos y los sardos. Ni son como los africanos, rudos y de tardo entendimiento; fuera locura quererlos reducir en esclavitud, y es preciso guardar con ellos una conducta enérgica, prudentemente mezclada con una política hábil, siempre prontos sin embargo, en cada caso, á proceder con aquella lealtad negativa que se llamó la *fé púnica*, y con aquella astucia característica de las antiguas razas fenicias.» Esto no se lo hemos oido decir al mismo Amílcar, pero se infiere claramente de sus hechos, y no dudamos que si le hubiésemos podido preguntar, nos hubiera contestado con esas mismas palabras.

«Cerca del Ebro, y á la parte de acá de ese rio, en la Peña Blanca (hoy Peñíscola), se construirá un puerto militar y estacion naval, base y centro de operaciones de los ejércitos de Cartago. Más allá del Ebro, por la desembocadura del Rubricón (hoy Llobregat segun Mariana), se echarán los cimientos y se levantará una nueva poblacion, Barcino, que

(1) El canónigo D. Pedro Sabau pretende que Amílcar no salió nunca de la Bética, y para justificar este ensueño destroza materialmente el mapa en pequeños fragmentos para poderlos entremezclar como se le antoje.

sea la Cádiz de Levante; y entre ambos baluartes, todo á lo largo de la costa, un sistema como diríamos hoy, de plazas fuertes ó puntos fortificados, asegurarán la posesion completa del litoral, é impedirán la aproximacion de toda fuerza naval enemiga; porque es de suprema importancia que no lleguen á poner el pié en la Península los romanos, á quienes una bien cimentada alianza con los galos, vecinos al Pirineo, cerrará el acceso por tierra.

»Los pueblos en el litoral de origen griego, ó mejor dicho, de origen no púnico, se ocuparán militarmente y en absoluto, de grado ó por fuerza, hasta desposeer á sus habitantes, si fuera preciso, y áun reducirles á la servidumbre ó al exterminio, con igual procedimiento al empleado en Africa con los mercenarios últimamente licenciados: que en teniendo bien asegurado el litoral, ya se irá extendiendo la dominacion hácia el interior de la Península.

»En el país de las minas de plata, y donde está el principal emporio y embarque de los productos brutos de ellas, se levantará una ciudad que con el nombre de Nueva Cartago (imitacion de la Nueva Tiro y la *Palatyrus*), pueda en los tiempos á venir ser la capital del imperio cartaginés, cuyo Senado y Gobierno, trasladando su sede de la una á la otra costa del Mediterráneo, se halle más concentrado para regir los destinos de su futuro poderío y mejor poseer la Península toda, segun el trascurso de los tiempos operare lentamente la mezcla y fusion de la raza púnica con las celtas é iberas. Esta idea hábilmente sembrada en el país, halagará á sus naturales y preparará é irá engendrando su amistad y su adhesion.

»Y como quiera que la realizacion de todo esto no ha de ser la obra de una sola generacion, sin perjuicio de darle todo el impulso que permite el ocupar en la construccion de las ciudades dichas un tan numeroso ejército de ocupacion como el que era menester permanentemente en España; en el entretanto, y al menor amago de que puedan los romanos intentar moverse hácia la Península, el plan de Agatocles. Llevar la guerra á Italia para detener en ella á los romanos; llegar hasta la capital, y no aflojar en una guerra de devas-

tacion y estragos, hasta alcanzar la revancha ó desquite de la pasada guerra (la que ahora llamamos *primera púnica*).»

Plan vasto, completo y bien concebido, al que ajustaron tan estrictamente sus actos Asdrúbal y Aníbal, sus deudo é hijo, que la historia ha repartido entre los tres el mérito de su invencion, el cual corresponde todo y únicamente al primero, á aquel grande Amílcar, en cuyo pecho bullian el furor y la pasion de una venganza ferozmente africana. Pero ese plan, en mucha parte (en todo lo material) perfectamente irrealizable, no era bajo el aspecto político, como ántes hemos indicado, más que una ilusion, un sueño dorado, ó más bien, bruñido, de su ambicion y su soberbia, y un concertado resultado de los continuos y fuertes latidos de su corazon, tan grande seguramente como feroz.

Hémosle dejado viniendo de la Bética hácia el Ebro, y al llegar ya á los mismos lagos de sus bocas, ya en la Ilercania, detúvose calculadamente como para descansar y entretenerse en verificar y festejar las bodas y enlace de su hija Himilice con su amigo Asdrúbal. El ejército se desparramó por aquellos valles y aquellos bosques frondosos, que difícilmente acertaríamos hoy á representarnos imaginativamente, y mientras sus gentes se mezclaban en danzas y fiestas con los naturales, él meditaba, profundamente preocupado con las impresiones recogidas en la variedad de regiones que acababa de atravesar. Los bastitanos, los edetanos y los mismos cosetanos, su sagacidad y penetracion le decian que no eran, y difícilmente se harian amigos de Cartago... Habia convidado y hecho venir á las fiestas á varios régulos de aquel país aledaño del Ebro; no escaseó y cuidó de que nadie escaseara las demostraciones de amistad y consideracion á todo lo que era peninsular; procuró sin embargo, asimismo, dejar sembrada la cizaña entre los convecinos de Sagunto contra ésta; y atravesando despues el Ebro, se dirigió hácia el Pirineo para retroceder de nuevo hasta Barcino y definitivamente hasta Acra Leuke (Peñíscola), para dar comienzo á la realizacion de sus vastos proyectos. No le acompañaremos en su ejecucion; qué más fatigados que él cuando se detuvo en las bocas del Ebro, nos hallamos nos-

otros, ó si se quiere nuestro espíritu, de ir en busca de esa España cartaginesa, de que hablan los historiadores, y que no acertamos á encontrar en ninguna parte.

X.

D. Modesto Lafuente (en quien especialmente nos fijamos porque es el último que ha historiado entre nosotros) empieza el capítulo III, libro I, parte I de su *Historia de España* con estas palabras: «Era llegado para los cartagineses el momento de emprender sériamente y á las claras la conquista de España. Roma los habia privado de una Sicilia, y necesitaban oponer una España á Roma.» Verdaderamente que nada necesitaban los cartagineses oponer á Roma, más que ejércitos, si podia ser, más numerosos y fuertes que los romanos. Lo que si hubiesen querido los púnicos para saciar su avaricia, fuera dominar en todas partes, para acaparar todo el oro del mundo: y á eso se iba encaminando tambien Roma, pero con el objeto contrario; para saquear y derrochar todo el oro del mundo y legar á la posteridad muchos y fastuosos monumentos de su grandeza. Pero en fin, esa sencillez, que pudiéramos llamar épica, y que admiramos en el modo de escribir la historia el Sr. Lafuente, tiene de bueno al ménos en el presente caso, que nos ahorra el trabajo de probar ni demostrar esa verdad innegable que él dá por sentada, á saber: que hasta que los romanos se hubieron anexionado la Sicilia, ó sea hasta despues de la primera guerra púnica, «no habia llegado para los cartagineses el momento de emprender la conquista de España.» Y como ese momento tampoco llegó despues, esto es, durante los solos veintidos años de paz entre ambos pueblos que siguieron á aquella guerra, nada más evidente que haber sido una broma ó una figa de ciertos historiadores, cual tenemos afirmado desde un principio, eso de la *España cartaginesa*. Y en efecto, cuando ya llevaba algun tiempo Amílcar Barca de hacer trabajar á sus legionarios en las construcciones de Barcino y de Acra Leuke, y mientras seguia desde allí con atencion, y

mezclándose en ellas por medio de sus amigos, las contiendas de los partidos aristocrático-políticos en el Senado de Cartago (á cuyos miembros habia tenido buen cuidado de ahitar con el producto de sus depredaciones efectuadas en todas aquellas regiones de España que á guisa de faccion y bandolerismo habia atravesado de Occidente á Oriente), «vino á distraerle la noticia, dice Lafuente, de que los tartessios y los célticos del Cuneo se habian levantado con propósito de defender su independencia amenazada. Capitaneábalos Istolacio, varon principal entre ellos. Acudió Amílcar, los derrotó, devastó sus campos y condenó á Istolacio al suplicio de cruz. Entróse luégo por las tierras de los lusitanos y de los vettones, donde en lugar de aliados encontró tambien 50.000 combatientes que le esperaban, mandados por Indortes. No fué ménos feliz el cartaginés en esta segunda campaña que en la primera. Más fogosos aquellos españoles que hábiles y diestros para resistir á tropas disciplinadas, fueron igualmente arrollados. *Asustó ya*, no obstante, á Amílcar la energía feroz de aquellos bárbaros. Grande debió ser el número de prisioneros, cuando se cuenta que dió libertad á 10.000, acaso por atraer aquellas gentes ostentándose generoso, acaso tambien por desconfiar de ellos. Indortes, que habia podido huir, cayó despues en poder de los cartagineses, que le hicieron sufrir muerte de cruz, como á Istolacio. Primeras y desgraciadas tentativas de independencia.»

¡Miseros de nosotros si, despues de estudiar con tanta afición la historia de nuestra patria, no acertáramos á ver los hechos más que por los prismas que emplea este historiador! «La energía feroz de aquellos bárbaros,» frase con que adorna á los bravos lusitanos y vettones, donde se hallaba era en el ilustre general cartaginés, que tan claramente la tenia demostrada en Sicilia y en Africa: no le hubiera, pues, asustado si la hubiese hallado en sus enemigos. Lo que le impuso y lo que debió hacerle no poca impresion, fué lo formidable de aquellos armamentos y resistencia; no la indisciplina, sino al contrario, el orden y la regularidad de una táctica no imitada, ni parecida á ninguna otra de las conocidas por aquel guerrero; fué la manera de pelear y la pujanza

del acometer; fué, en suma, la destreza y la inteligencia de unos pueblos que, á poco que los educara la experiencia de las batallas, podrian aventajar á los mismos cartagineses; fué ver que aquellos celtíberos, que formando parté de sus ejércitos en las pasadas expediciones á Sicilia, habian mostrado sólo su valor personal y la agilidad de su cuerpo y la fortaleza de su ánimo; en el país que por ser el suyo conocian bien, y en donde disponian de elementos propios y de propia iniciativa, aparecian, no como simples soldados y hombres de fila, sino como militares, como guerreros y como héroes. Eso fué lo que impuso al caudillo cartaginés. Amílcar no era un hombre vulgar, sino al contrario un talento de primer orden, y por más que escaseen los datos respecto á una historia que está todavía por escribir, es imposible profundizarla sin adquirir la conviccion de que Amílcar estudiaba en España mucho más que los combatia, á sus naturales.

Los pueblos de la Península ibérica, que desde tiempos ya entónces antiguos habian sabido gobernarse en un fraccionamiento patriarcal, pacífico y feliz; desde que los extranjeros habian venido á sacarles de sus cabañares ó humildes moradas, trasponiendo el mar en los ejércitos de Cartago y peleando léjos de sus hogares, no otra cosa habian visto ni hallado en el mundo, más que pueblos oprimidos que pugnaban por sacudir el yugo de sus opresores, ya de dentro, ya de fuera; y ántes que llegase el caso de tener que hacer otro tanto ni en la Lusitania, ni en la Celtiberia misma, ni entre los vettones, quisieron impedir todo yugo ó tiránica dominacion extranjera. Mientras tales huéspedes, no llamados ni deseados, se contentaron con tributos y prestaciones que á la fuerza sola se daban, pero que no excedian en cierto modo de lo que hoy llamamos sobrantes de la produccion, cuya privacion no se les hacía gran cosa sensible, ni les era de todo punto dolorosa, pudo una prudencia excesiva aconsejarles la quietud y toda clase de sacrificios á la paz. Pero cuando las órdenes absurdas de Cartago insaciable, á sus seides de Cádiz y de la Bética, aun sin conocimiento prévio del mismo Amílcar, hicieron crecer las exacciones y la depredacion, quizá hasta con el premeditado designio de pro-

vocar la rebelion para imponerse con los castigos y subyugar nuevos países, entónces se sublevaron: é hicieron muy perfectamente, y nosotros nos alegramos de que lo hiciesen, y aunque han trascurrido ya dos mil años, todavía les aplaudimos, porque preciso es confesar que fué «una energía ferroz» muy plausible la de «aquellos bárbaros.» Pero dice el historiador: «Grande debió ser el número de los prisioneros, cuando se cuenta que dió libertad á 10.000.» Pues no tenia más, y los puso á todos en libertad, porque ni uno siquiera quiso engancharse bajo la bandera de Cartago, contra la que habian peleado como bravos; y como conocia que no podia hacer con ellos lo que con los mercenarios en Africa, porque éste era un país muy distinto, hizo bien en no conservarlos: primero, porque para guardar aquellos 10.000 desarmados necesitaba inmovilizar para la guerra 20 ó 30.000 de sus soldados africanos; y segundo, porque ¿cuáles regiones podria atravesar con aquellos 10.000 maniatados, sin que se sublevasen hasta las piedras para libertarles? Amílcar conocia á aquellos peninsulares mejor que el Senado de Cartago, y sabia bien que no era prudente exasperarlos. Por esto él, á Istolacio é Indortes, les hubiera tal vez llamado héroes desgraciados, ó víctimas ilustres del amor á la patria; pero de ningun modo hubiera calificado sus hechos de *tentativas* de independencia, sino de independencia positiva, real y formal. Porque la república de Cartago en España no poseia más que el terreno que pisaban ó presidiaban sus soldados, ni cobraba sus tributos más que de los pueblos que se los querian pagar, y mientras los querian pagar. Así sucedió que cuando Amílcar, licenciados ó sueltos aquellos 10.000, se volvia á marchas regulares y en son pacífico hácia su Acra Leuke, pronto tropezó con la noticia de que en los confines de la Edetania con la Bastitania le esperaban los pueblos armados y dispuestos á cerrarle el paso.

Y esto fué muy natural y no podia ménos de suceder. La primera vez que habia atravesado Amílcar el país, viniendo de la Bética, buscando alianzas y afectando benevolencia y amistad, habia recogido, cual dijimos, muchos obsequios y sumisiones; porque aparte de aquel buen proceder, era sobre-

manera imponente el aspecto de su ejército formidable, y una completa novedad: pues si no á los viejos y aguerridos fuera de la Península y en la costa misma del mar, causaban admiración y extrañeza suma á las mujeres, á los niños y á los mozuelos, aquellos elefantes y aquella caballería nómada, y aquellos soldados africanos, de ébano y de caobo, con lana en vez de pelo en la cabeza y pecho. Pero cuando pocos años despues vieron repasar á Amílcar y á su ejército hácia el Occidente, en son de guerra y so color de combatir y subyugar á los españoles de la parte opuesta en el país; los pueblos se preguntaban, si no era en ellos bajeza, infamia y cobardía, abandonar indiferentes á sus apartados compatriotas. Hubo allá estragos y mortandad grandes; tan infausta nueva se extendió de valle en valle y de unas á otras montañas; 10.000 prisioneros habian sido dejados en libertad; se hablaba de generosidad..., ¿mas no mostraba eso debilidad, temor, recelo?... Entre los edetanos, los bastitanos, los contestanos... por todas partes el espíritu de raza, el cariño al suelo y el amor á los compatriotas, hubo de fermentar. Amílcar fué en busca de los sublevados, y se dirigió á poner sitio á Helice, su capital. A su paso habia de atravesar un país aliado, y envió delante á prevenir á su régulo que preparase su gente para incorporarse á su ejército. Esto era un trance muy de antemano previsto, y áun deseado por Amílcar; y era de astuta política conseguir que alguna vez los indígenas se combatesen desde campos opuestos, porque equivaldria esto á un gérmen de division y de mútua debilidad. Orisson no se pudo excusar: que fuera loca temeridad quererse resistir él solo contra fuerzas tan superiores; pero, cuando ya sobre Helice, los pueblos de más adentro, á quienes habian enviado á pedir auxilio los sitiados, descendieron en gruesos contingentes, y reunidos, se creyeron bastante fuertes para dar la batalla, ¿quién fuera poderoso á contener á las tropas de Orisson, ni á obligarlas á pelear no queriendo, contra aquellos sus compatriotas? Volaron á confundirse entre sus comarcas, y el ejército cartaginés fué derrotado, y el mismo Amílcar pereció en el campo de batalla, segun unos, ó ahogado segun otros con su caballo en un rio, al intentar ponerse en salvo. Los

restos de aquel ejército se encaminaron como pudieron hácia Acra Leuke, sin que nadie les molestara ni cerrara el paso al verles fugitivos y en derrota.

A esto han llamado algunos historiadores españoles, quizá sin parar mientes á discurrir como debieran en puntos tan importantes cuando con toda conciencia se quiere escribir la historia, la defeccion y traicion de Orisson; y extrañándose de ello Mr. Romey, historiador francés, entusiasta no poco de los grandes hechos de la antigüedad, dice Lafuente en una nota: «Un historiador extranjero se admira de que los españoles condenen por desleal la fingida alianza y la conducta de Orisson con unas gentes para quienes todos los medios de conquista eran buenos. Los españoles reprobamos siempre las traiciones de donde quiera que vengan, sin que desconozcamos que no era muy digno de ser tratado con lealtad el que tan alevosamente se habia apoderado en África de los jefes de los mercenarios y tan cruelmente los sacrificó.»

Tienen y respiran estas palabras toda la dignidad y entereza del verdadero carácter español, al ménos tal como se habia conservado hasta hace muy pocos años, posteriores para dicha del Sr. Lafuente á su fallecimiento; pero conviene advertir, que esos jefes de los mercenarios no fueron españoles, pues ni áun *consta* que hubiese españoles entre aquellos mercenarios de la sublevacion de África. Pero ¿y si los habia habido? ¿Y si los países en que dominaba Orisson hubiesen de antiguo acostumbrado dar valientes y morigerados estipendiarios á Cartago, y en aquellas matanzas horribles de los mercenarios hubiesen sido inmolados los más estimados hijos de aquellos mismos guerreros, que, con el luto todavía reciente en el corazon, se veian ahora incorporados, no ya á un ejército de Cartago, sino bajo las banderas del mismo inhumano verdugo de sus deudos, parientes y amigos, á quienes hubiese hecho inmolar como un vil ganado de cerdos, ó arrojar á las fieras para divertir con lo horrible de sus muertes á un pueblo todavía más feroz que los mismos irracionales que así alimentaba con carne humana, celtíbera y española? Si tales hubieran sido los antecedentes y las circunstancias del hecho, y si la exigencia, ¿qué decimos? la perfidia de aquel

general, tanto más contrario y enemigo de la patria cuanto más pretendiera hacerse el protector y el gobernador de ella, les ponía en el trance duro de hacer traición á su país y á su propia raza, ó dejarle á él abandonado á la pujanza de su ferocidad y á la fuerza de sus elefantes, ¿podía, para las gentes de Orisson y áun para éste mismo, ser la elección dudosa? Nosotros, á pesar de nuestras flacas fuerzas, probar hemos que no fueran éstas gratuitas suposiciones. Pero de todos modos, las palabras del Sr. Lafuente, por más que suenan agradables en el oído, no pasan de una frase doctoral que á nada concluye y fuera mejor examinar y cotejar bien los escritores antiguos, y áun compulsar los textos griegos con los latinos, para dilucidar la cuestión, y juzgar de la conducta de Orisson con toda severidad, pero sin pasión y con verdad. Que Asdrúbal, el yerno de Amílcar, en quien recayó el mando de éste, llamase á Orisson traidor, y como á tal le tratase, destruyendo á sangre y fuego todo el territorio, y arruinando todas las ciudades, á que se extendían su autoridad y poder, no lo extrañamos; ni esto prueba más, á nuestros ojos, que á los cartagineses, sobre ser feroces, convenía para hacerse respetar, hacerse temer; y que por esta vez hubo de ser el más fuerte el ejército de Asdrúbal.

Además, este sucesor de Amílcar no hizo más campaña que esa, ni puso su atención más que en inseguir, estrictamente con criterio y acierto, en el plan concebido y trazado por su suegro; procurándose con esmero nuevas alianzas, moderando los tributos según una mejor repartición los iba haciendo más productivos, satisfaciendo con ellos á Cartago, y con su estudiada política á los naturales. Aceleró la fundación de la Nueva Cartago, cuya construcción adelantó con suma rapidez; procuró aleccionar y proteger á los amigos de Cartago, esforzándose porque á todos se hiciera su yugo suave; pero nunca pudo vencer ó amansar la antipatía de los pueblos de origen ó tradiciones griegas, y en especial de Sagunto. Vivió exento de los peligros de la guerra, mas no por eso quiso la muerte esperar á que le entregase esa víctima la naturaleza. Un día, cuando muy ajeno de todo temor estaba sacrificando en persona á los dioses, fué asesinado al pié

del altar por el esclavo de un noble celtíbero á quien él, Asdrúbal, habia hecho injustamente matar.

Ahora bien; nueve años habia durado aquella especie de proconsulado de Amílcar en España, y ocho el de su yerno Asdrúbal. Ni el uno ni el otro habian dominado ni subyugado al país: poseyeron única y exclusivamente el litoral, y esto mediante fuertes guarniciones en muchos puntos, y con un constante fuerte ejército de ocupacion; único modo que hallaron de no ser, de la noche á la mañana, expulsados de una península que nunca hubieran logrado conquistar. Es verdad que tampoco Cartago, la codiciosa república, llevaba más mira en sus empresas que el enriquecimiento y la prepotencia; idea fecunda y civilizadora ninguna, ni aspiracion ninguna trascendental. Querian territorios para esquilmarlos, y súbditos ó aliados (que para ellos era lo mismo) para exigirles tributos, dejándoles que allá se arreglasen como quisieren en cuanto á industrias y trabajo, con tal que concurriesen abundantemente á enriquecer, no ya al tesoro de la república, sino á la clase toda aristocrático-senatorial, que gobernaba y regía los destinos de la república, con pequeña utilidad para el pueblo, y en provecho casi exclusivamente propio. Aquellos senadores se hallaban divididos en dos partidos siempre en lucha, llamado el uno aristocrático y el otro democrático, aunque aristócratas eran todos, y aun quizá más el que se adornaba con el otro epíteto. El primero, de haber prevalecido, quizá hubiera llevado pausadamente á la nacion á mejorar sus instituciones políticas y á un lento progreso de organizacion social: pero el otro partido, el democrático, turbulento y militar, distinguiéndose por su soberbia, queria constantemente la guerra, en contraposicion de las tendencias pacíficas de sus adversarios. Pero como la guerra era la exaccion, la depredacion y el saqueo, que traían el enriquecimiento personal en la clase senatoria, á ella se acomodaban por fin gustosos tambien los senadores amigos de las contemporizaciones y de las alianzas, cuando sentian que aumentaba el peso del oro en sus bolsillos.

Al frente del partido democrático estaba la familia de los

Barcinos, y al frente del otro la de los Edos. A la primera pertenecian los Barcas y á la otra los Hanones; y jefes principales en el suyo, primero Amílcar y despues Asdrúbal; ambos pasaron los años últimos de su vida con la mano puesta en el litoral de la Península ibérica, pero con la vista fija y la atencion en Cartago. Nunca se emprendió ni trató seriamente por ellos de conquistar la España. Proteger el comercio leonino con que el pueblo púnico se enriquecia á su manera; percibir de las regiones del interior los tributos con que cubrir los gastos todos de la ocupacion permanente del litoral, y enviar á Cartago una mitad ó más de lo que llamaríamos hoy su presupuesto de ingresos; y por último, repartir entre los senadores de ambos matices las gruesas sumas de plata y de otros metales que se obtenian de las ricas y abundantes minas; á esto se reducía, y no era poco, toda la ambicion de dominacion y mando de los cartagineses, que de buen grado se hubiesen conformado en constituir ese estado de cosas en indefinidamente normal, á no existir el temor que constantemente les aquejaba de que pudiesen venir los romanos á turbar y á interrumpir aquél, á la vez interino y endémico estado de posesion. La dominacion, pues, de los cartagineses estaba reducida á un laboreo de minas en una muy estrecha zona, y á una recaudacion de contribuciones por los pueblos de esa misma zona y los demás aledaños á ella. A los pueblos que se negaban á aprontar los tributos, se enviaba un apremio ó comision militar, y eso era todo. Sin embargo, esos apremios no eran cosa tan sencilla y hacedera. De 50.000 infantes, 6.000 caballos y 200 elefantes, se componia el ejército con que hubo de marchar Asdrúbal, á vengar la muerte y derrota de su suegro Amílcar, castigando á Orisson y á todos los pueblos de su principado. Este dato, que se debe á Diodoro Sículo, y que no menciona Lafuente, es precioso; pues él demuestra por sí sólo cuán poco se aventuraban los cartagineses hácia el interior, si no llevaban consigo fuerzas muy imponentes y poderosas. Eso prueba que los ejércitos de Amílcar debieron haber sido mucho mayores, y dá la evidencia completa de lo que no há mucho hemos escrito: que los cartagineses no poseyeron en España más que el terreno que pisa-

ban sus ejércitos y el que ocupaban sus colonias fuertemente presidadas.

— ¿Dónde estuvo, pues, la España Cartaginesa? — En ninguna parte.

El citado D. Pedro Sabau escribe con toda seriedad: «Es un punto de difícil averiguacion, qué género de gobierno dieron los cartagineses á la Península cuando la poseyeron.» Pero preciso es convenir en que lo difícil de averiguar sería, cuándo la poseyeron.

ROMAN J. BRUSOLA.

CORRESPONDENCIA DE «LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.»

Paris 14 de Junio de 1875.

Discusion sobre la enseñanza superior. — Una cuestion de las más importantes se está debatiendo hace ocho dias en la Asamblea nacional, pues se trata de saber si nos será concedida definitivamente la libertad de la enseñanza superior. Medio siglo há que vienen aguardando esta discusion los católicos, cuyo primer acto como partido politico ha sido la reivindicacion de la libertad de enseñanza; con lo cual pretendo significar á usted el ánsia con que de todos es esperada semejante decision. En efecto, ¿llegaremos á lograr esa libertad de enseñanza superior tan deseada, ó sólo tendremos el principio de ella? No se oculta á los enemigos de la Iglesia que se trata ahora de un gran interes católico, con que muestran la más viva repugnancia hácia una libertad cuyo uso preven que refluirá en contra de ellos; y por tanto, no deja de ser encarnizada la lucha. Todo hace esperar hasta ahora que el triunfo será nuestro, habiendo recaido ya á nuestro favor muchos votos importantes; y lo propio sucederá, si Dios quiere, con la votacion definitiva. Pero, sobre todo, lo que debe llamar de un modo especial la atencion de usted, y por eso lo hago constar aquí, atendida su importancia, es la decision de la Asamblea al haber votado la Cámara una enmienda de Mr. Chesnelong, que atribuye á las diócesis, así como á los departamentos y á los pueblos, el derecho de abrir cursos y establecimientos de enseñanza superior. No hablando de las diócesis el

proyecto de ley primitivo, niéganse á reconocer en éstas ciertos jurisprudenciosos una personalidad civil que no constaba hasta el año de 1840, en que le opuso el Consejo de Estado una jurisprudencia nueva; pero que ha sido proclamada otra vez en 1874 al evocar dicho Consejo las doctrinas antiguas. Era, por tanto, de interes sumo para el porvenir de la enseñanza superior católica, el hacer constar en el texto mismo de la ley la personalidad civil de las diócesis: por manera que, de hoy más, queda inscrita positivamente su capacidad civil ante la ley, con gran disgusto de los radicales, que han hecho esfuerzos supremos para estorbar la votacion.

En estos momentos se agita la importante cuestion acerca del derecho de conferir los grados. El ministro de Instruccion pública, y con él gran número de diputados, querrian que ese derecho perteneciese exclusivamente á la Universidad, en tanto que los católicos piden naturalmente que se reparta entre todos por igual; con cuyo motivo tomó la palabra en la última sesion Mgr. Dupanloup, tratando el asunto con la elevacion que le distingue. Segun su teoria, es tal la parte que forma de la libertad de enseñanza la libertad de la colacion de grados, que una de ellas no podria existir sin la otra y sería meramente irrisoria. Atacó despues al materialismo en Francia, cuyos progresos son debidos, segun dijo, á la omnipotencia invasora de la Universidad. Con todo, échase de ver una cosa bastante notable en el discurso del eminente Prelado, y es el modo con que se explicó acerca del papel que cumple representar al Estado, pues al pedir la libertad para los católicos, no dice que se le deba negar todo á aquél. Nada más fuera de razon, segun su sentir, que esa doctrina exclusivista que, queriéndolo todo ó nada, sólo satisface á los ánimos apocados y mezquinos. Asi es que, al manifestarse respetuoso el Obispo hácia los derechos del Estado, se colocaba por otra parte en el terreno más ventajoso para reclamar la libertad; pudiéndose esperar de los términos en que ha probado que la enseñanza superior no podia ser libre si el Estado seguia conservando un derecho exclusivo á la colacion de los grados, que despues de haber operado una influencia tan grande como legitima, acaben por hacerla decisiva. Hoy continúa el Prelado su discurso, al que seguirá sin duda la votacion sobre el derecho de conferirse los grados: por lo tanto, no tardarán muchos dias en que sepamos á qué nos hemos de atener tocante á esa libertad tan suspirada por los católicos.

Trabajos de la Asamblea, disolucion y elecciones.—Es pregunta general en nuestros círculos políticos, qué trabajos acometerá la Asamblea tan luego como haya dado cima á la segunda deliberación de la

ley acerca de la enseñanza superior; con cuyo motivo salta en seguida á las mientes la cuestion de la disolucion. La órden del dia no contiene proposicion alguna importante, y sin duda se fijará prontamente plazo para la discusion de las leyes orgánicas y del presupuesto. La comision de los Treinta, encargada de examinar las leyes orgánicas, ha terminado en breve sus trabajos, con la idea de acelerar el momento de la disolucion, y estas leyes pueden ser discutidas inmediatamente. Supónese que todo esto quedará terminado hácia el mes de Julio, y que entónces se separará la Cámara para dejar su puesto á una nueva Asamblea. Tales son los rumores que merecen más crédito en la actualidad; por lo cual van haciendo ya grandes preparativos nuestros diputados todos para cuando llegue la hora de las futuras elecciones senatoriales y departamentales. Por doquiera se van organizando grupos, sin que falten, por supuesto, conferencias privadas bastante activas entre los de la derecha y del centro derecho con el objeto de reconstituir una mayoría conservadora. Querrian volver á practicar para el nombramiento de los 75 senadores que debe escoger la Asamblea, lo que se hizo con el propio objeto cuando la eleccion del mariscal Mac-Mahon. La base de esta inteligencia tendrá que ser por fuerza un compromiso entre los tres partidos políticos de la antigua mayoría: las negociaciones actuales tienden al número proporcional de senadores que hay que atribuir á cada uno de dichos partidos, más bien que á la idea misma de la inteligencia, la cual no halla oposicion seria. A juzgar por las últimas noticias, presentaria la extrema derecha á diez de sus miembros; la derecha moderada, á doce; los bonapartistas, á cinco; atribuyéndose los demás al centro derecho. Algunos candidatos serian además elegidos fuera de los grupos parlamentarios, entre los grandes dignatarios del Estado, con cuyo motivo se cita al Excmo. Cardenal-Arzobispo de París, al mariscal Canrobert, al general Ladmirault, gobernador de París, y al primer presidente de la Côte de casacion.

En el interin, no se hallan cruzados de brazos los republicanos, pues trabajan asiduamente en los departamentos en vista de las próximas elecciones. Funcionan á la sazón en nuestros grandes centros unos 200 comités, que cuentan con otros 1.200 en clase de sucursales. El servicio con que se corresponden entre sí es llevado gratuitamente á cabo por aquellos individuos á quienes obliga su método de vida especial á transitar de uno á otro punto; así es como están ligados todos estos comités al central de París, que recibe detalles mensuales tocante á las disposiciones de los electores, adelan-

los hechos en los departamentos, etc. Estos breves pormenores creo que bastan para probar á usted cuán considerable es la propaganda radical, y hasta qué punto será difícil á los conservadores mantener la lucha con sus adversarios.

Iglesia del Sagrado Corazon. — Dentro de dos dias tendrá lugar la ceremonia de ponerse la primera piedra para este edificio, que va á levantarse en Montmartre. Ya sabe usted que el 29 de Junio era el dia primitivamente designado para la realizacion de esta solemnidad, que debia de ser una de las más bellas manifestaciones religiosas de nuestra época; pero los radicales tenían meditado ya cierto complot, y ha habido que renunciar al proyecto que tan grato era á los católicos. Así es que ha determinado Mgr. Guibert que tenga lugar dicha ceremonia el 46 del actual, en razon de la doble coincidencia del ducentésimo aniversario de la aparicion de Nuestro Señor á la bienaventurada María Alacoque y del trigésimo de la elevacion de Pio IX al Pontificado, quedando aplazada para el dia de la consagracion de la cripta la gran solemnidad pública de la consagracion de Francia al *Sagrado Corazon*, cuyo anuncio ha amotinado al partido radical. Con todo, la ceremonia del miércoles próximo será una hermosa fiesta religiosa á la cual invita Mgr. Guibert á todos los fieles cristianos, si bien se omitirá la procesion pública que se habia proyectado de antemano. En una pastoral que este Prelado dirige á sus diocesanos, declara como ha sido de todo punto ajena la política á la idea de levantar este templo al Sagrado Corazon de Jesus como manifestacion de arrepentimiento y de esperanza, en contra de lo que pretenden hacer creer los radicales, á cuyo intento redoblan su furor de algun tiempo á esta parte contra los católicos las hojas revolucionarias, en vista de los progresos manifiestos que viene haciendo la Religión en todas las clases sociales, y muy particularmente en el ejército, siendo la asociacion de los círculos católicos de obreros, á cuyo frente figuran multitud de oficiales en París y en provincias, la que cuenta con el privilegio de su exacerbacion.

Sociedad de los edificios religiosos y escolares. — Otra asociacion que irrita bastante á los impíos, en fuerza de los beneficios que dispensa y de los resultados satisfactorios que alcanza, es la que acabamos de mencionar. Fundada apenas hace dos años, y considerablemente extendida en la actualidad, por hombres generalmente estimados en vista de su total apego á la defensa de las buenas causas, tenía un programa completamente nuevo, y es el de levantar iglesias y crear escuelas, con el objeto de patrocinar la difusion de la Religión y de la enseñanza cristiana en el pueblo de Paris. Gracias á seme-

jante pensamiento, excelente en sí y fecundo en sus resultados, se han erigido dos templos el año pasado en medio de poblaciones que, faltas de santuario que ocupara situación acomodada, no podían frecuentar los santos sacramentos; asimismo han sido fundadas varias escuelas: proyectando actualmente esta sociedad la construcción de otros edificios en aquellos barrios que los reclaman imperiosamente. Con todo, á pesar de triunfos tantos y tan distinguidos, quedá todavía mucho por hacer. Y en efecto, pocas personas, áun de las que residen en la capital, podrían sospechar lo que se necesitaria hacer para nivelar el número de las escuelas y de las iglesias á la altura de las necesidades de la población parisiense. Las parroquias más populosas de París cuentan hasta 60.000 almas, diseminadas á veces en un vasto territorio: ¿qué mucho no llegue á pisar gran parte de esos habitantes el umbral de su iglesia, por poco extensa ó por muy retirada, y que no tenga nunca el más mínimo contacto con su clero, incapaz, por otra parte, de dividirse y subdividirse para atender á cuantas necesidades reclaman su presencia? Por lo que toca á las escuelas, su escaso número se hace todavía más patente. En ciertos barrios excéntricos no existe ninguna que se halle ventajosamente situada; y en muchas de las que ocupan el centro de la capital, no pueden ser admitidos todos cuantos se presentan, por falta de localidad; últimamente, por falta de escuelas católicas tienen que enviar mal de su grado á sus hijos multitud de familias á escuelas libre-pensadoras ó protestantes, que no faltan: con que ya ve usted si queda aún mucho que hacer en pro de los adelantos de la Religión y de la enseñanza del pueblo en esta ciudad de París, á la que tan frecuentemente se suele pintar como capital de la civilización y de las luces.

Muerte de Mr. de Rémusat. — La Iglesia católica acaba de alcanzar una gran victoria. Un hombre que había sido toda su vida un escéptico refinado, así en política como en religión, ha entrado en el seno de esta última al acercarse sus últimos momentos, y hecho las paces con Dios. Trátase de Mr. de Rémusat, íntimo amigo de Mr. Thiers, y ministro que había sido. Nada diré de su vida política, pues sobre no ser del caso, bastante conocido es su nombre, y generalmente notorios los trabajos de uno de los hombres más instruidos de nuestro siglo, á quien sólo faltaba la fe. Como filósofo, siempre defendió las doctrinas del espiritualismo: bajo el punto de vista cristiano, su escepticismo nada tenía de hostil: á la hora de la muerte se volvió por completo de cara á esa fe católica, de la que tan estupendos ejemplos encontrara en las tradiciones de su familia, la cual ha le-

gado á la posteridad los nombres de Mme. de Montagu y de la duquesa de Noailles circundados de una aureola de santidad.

Al verdadero apóstol de caridad, el abate Broglie, hermano del célebre diplomático de este nombre, ha tocado la suerte de rescatar esta oveja perdida. Sabedor de que se hallaba enfermo Mr. de Rémusat, fué á verle inmediatamente á título de amigo antiguo. Una vez bien recibido, trabóse entre ambos una conversacion bastante larga, y digna ciertamente de dos talentos de primer orden á quienes ponía en contacto el genio de la muerte. Para abreviar: confesóse Rémusat, y Mgr. Perraud, obispo de Autun, le llevó los últimos sacramentos, que recibió en su cabal juicio y con gran serenidad de alma. Como primera recompensa á su conversion, se ha visto libre Mr. de Rémusat de las tristes ovaciones que á última hora no habria dejado de hacerle la plebe radical si, en vez de ser llevado primero su cadáver á la iglesia, hubiera sido conducido directamente al cementerio y dado lugar á un entierro civil más.

La Cámara de los Comunes en Inglaterra. — No ignora usted cuánta fuerza tienen entre nuestros vecinos de la Mancha las preocupaciones contra el papismo y contra la influencia de las ideas católicas; preciso es, no obstante, hacer la debida justicia á los ingleses cuyo liberalismo resiste á las incitaciones intolerantes de cierto partido que, allí como en Francia, ve con envidia los progresos que hace el catolicismo. De ello acabamos de tener un ejemplo en la última sesion de la Cámara de los Comunes; y como quiera que el hecho es de suma importancia, me apresuro á insertarlo aquí para que fijen en él su consideracion los lectores de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

Un energúmeno que ha adquirido cierta notoriedad en cierta jerarquía por su odio declarado al sacerdocio y á la Religion, ha preguntado al ministro inglés M. Disraeli si era noticioso éste de que, contra lo prescrito por la ley, habia infinidad de jesuitas residentes en Inglaterra. El presidente le ha contestado con su sangre fria habitual, que en efecto habia en el territorio inglés gran número de jesuitas, y que su residencia era una infraccion á la ley; mas que esa ley no se habia aplicado nunca, y que por lo tanto no tenia intencion el gobierno actual de ponerla ahora en práctica sin necesidad. Por otra parte, habiendo sido interpelado el ministro de la Guerra con ocasion de haber asistido á una procesion católica cuatro soldados de la Guardia Real vestidos de uniforme, ha contestado que aquellos cuatro militares contaban para ello con el competente permiso; que se hallaban en pleno derecho de asistir á una ceremo-

nia privada de todo carácter oficial, y que, en su consecuencia, ninguna intervencion por parte de la autoridad se hacia posible.

Hé ahí cómo se da en Inglaterra el ejemplo de la tolerancia religiosa y de la libertad de conciencia. ¡Qué enseñanza para varias naciones que se llaman cristianas! Las leyes civiles inglesas permiten el ejercicio de todos los cultos y la expresion de todas las doctrinas y opiniones; pero otras leyes permiten tambien al gobierno que reprima esas doctrinas cuando son exageradas. Nunca se sirve Inglaterra de esas leyes, pero las conserva con cuidado; á veces protesta primero, pero acaba por ceder despues, como sucedió, pocos años há, en la cuestion de los obispos católicos. Cuando nuestro venerado Pio IX restableció en Inglaterra la jerarquía episcopal, se armó un alboroto que dió lugar á ciertas leyes que prohibian el que los obispos católicos tomasen títulos territoriales. Pero semejantes leyes jamás han tenido aplicacion, y los obispos han seguido llamándose arzobispo de Westminster, obispo de Birmingham. El Padre Santo acaba de crear cardenal al arzobispo Manning, y los ingleses se han creído muy honrados con tal distincion, haciéndoles comprender su buen criterio que, en achaque de catolicismo, para nada sirve la fuerza; ántes al contrario, que, segun lo testifica Alemania, desde el punto y hora en que sufren persecucion nuestros hermanos, se les ve más fervientes que nunca, pudiendo asegurarse con razon que de la sangre de los mártires renacen cristianos valerosos é intrépidos á cual más.

Rusia y la Santa Sede.— Parece ser que la cismática Rusia empieza á comprender igualmente la verdad que entraña el principio que acabamos de sentar. No ignora usted como hace bastantes años que el Czar habia roto toda clase de relaciones con Pio IX, y que cualquiera diria que su intencion era extinguir por completo la Iglesia católica en sus dominios todos: pues bien, corren rumores al presente acerca de suavizar su conducta en este terreno el príncipe moscovita, á cuyo efecto se anuncia que Rusia y la Santa Sede están próximas á reanudar sus antiguas relaciones diplomáticas. Habia instituido el gobierno ruso en el año de 1868 una especie de Consejo que debia ser medianero de las relaciones establecidas entre la Santa Sede y los obispos católicos de Rusia, lo cual era una violacion de todas las leyes de la Iglesia católica, una especie de cisma en que se habia precipitado al clero. Naturalmente habia protestado Pio IX una y otra vez contra semejante intervencion, y reclamado el derecho de las comunicaciones directas entre él y los obispos. Pues ahora se asegura que acaban de tener lugar negociaciones officiosas entre

el cardenal secretario de Estado y un encargado de negocios de Rusia, por causa de las cuales parece se habrá convenido en que la comision imperial sólo se ocupará en la administracion de los bienes temporales de la Iglesia en el imperio, recuperando los obispos el derecho de entenderse directamente con el Sumo Pontífice en todo aquello que se refiera al fuero espiritual. Al hacer semejante concesion el emperador de Rusia á los católicos de su territorio, manifiesta claramente sus deseos de abandonar la política violenta que hasta ahora venía siguiendo. Así es que el acontecimiento de volver á anudarse las relaciones entre Roma y San Petersburgo es de importancia suma en las circunstancias actuales; y se da por seguro además que, como garantía para la tranquilizacion de los ánimos, van á ser restablecidos á la mayor brevedad los obispos polacos que se hallan desterrados en la Siberia, pero en distinta diócesis de la que gobernaban en el momento de su prision, si bien queda exceptuado el Ilmo. arzobispo de Varsovia Mgr. Telinski, quien no pudiendo recabar la gracia del Czar, tendrá que vivir expatriado con una pension que le pase el gobierno.

Volvamos otra vez la vista á Inglaterra con este último motivo, para pensar que si Pio IX consiente en establecer relaciones oficiales con la Rusia cismática, nunca se negó á tenerlas con la Inglaterra hereje. No es culpa del Padre Santo la falta de correspondencia regularizada de embajadores entre Roma y Lóndres; pues si lo recuerda usted, no há muchos años que lord Palmerston habia celebrado á este efecto un concordato con la Santa Sede, el cual fué interrumpido, como no podia ménos, á causa de que la etiqueta del Parlamento no quiso permitir que el enviado del Papa fuese un sacerdote. ¡Como si no fuera lo más lógico que Pio IX, principe de los obispos, y en este supuesto, obispo de Roma, tuviera eclesiásticos por legados! Por lo tanto, nada de extraño sería ver que Inglaterra seguia el ejemplo dado por Rusia, cuyo hecho daría por resultado una nueva garantía de apaciguacion en las cuestiones religiosas.

Alemania.—Sólo la Prusia es la que no parece hallarse dispuesta á entrar en esas vías de conciliacion de que dan elocuente ejemplo las demás naciones de Europa, pues el rigor que sigue desplegando con los católicos manifiesta que no lleva trazas de ceder; ántes al contrario, háblase de nuevas leyes que no tardarán en promulgarse contra el clero. Ya sabrá usted como los conventos han tenido que cerrarse, y buscar un asilo los religiosos en países más hospitalarios; y que, á contar desde 4.º de Junio, los sacerdotes católicos no percibirán sueldo alguno. Si Bismark se muestra tan hostil á la Religión, en

cambio protege de un modo visible á la secta conocida con el nombre de católicos viejos. La Cámara de los Señores, que no obra sino por inspiracion del Príncipe Canciller, acaba de adoptar la ley relativa á las comunidades de dichos sectarios, tal cual le ha sido transmitida por la Cámara de los Diputados. No ignora usted que tan iniqua ley concede á aquellos pseudo-católicos los mismos derechos que á los católicos romanos, y que les adjudica en las parroquias en que se hallan en mayoría el goce de las rentas y de los edificios del culto católico. Así es que, como ya lo llevo dicho, la persecucion hace á los fieles más fervientes que nunca; siendo tan contadas las defeciones entre los verdaderos creyentes, que, ántes por el contrario, multitud de funcionarios que no quieren seguir sirviendo á las órdenes de un Bismark, presentan á cada momento su dimision. Dígalo si nó M. de Bardeleber, presidente superior de la provincia rhenana, con cuya conducta no ha hecho otra cosa que seguir las huellas trazadas por muchos de sus colegas residentes en las provincias católicas. Con que ya ve usted que no todos los servidores del emperador Guillermo participan de la cólera en que arde el Canciller del Imperio.

Concluyo comunicándole á usted una buena nueva que le edificará mucho más que cuanto se pudiera decir, y no es poco, acerca de las buenas disposiciones que asisten á los católicos alemanes. Ha decidido su asociacion celebrar en el mes de Agosto venidero un congreso general, á cuyo efecto se ha elegido como punto de reunion la ciudad de Friburgo-en-Brisgau; y si el gobierno no pone obstáculo alguno á la celebracion de la asamblea proyectada, no dejarán de salir de su seno resoluciones trascendentales en bien de la Iglesia.

O. H.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm. 26. — 24 de Agosto de 1873.)

Gobierno provisional de la Federacion Española.

Creiendo probable este gobierno, segun partes de sus enviados en otras ciudades, la llegada á estas aguas de buques

(1) Véanse los números anteriores.

españoles enemigos, con objeto de establecer un bloqueo ó intentar un bombardeo sobre la plaza de Cartagena, previene á los comandantes de los buques extranjeros, residentes en Escombreras, que para continuar guardando nuestros fuertes el respeto convenido al pabellon de naciones declaradas neutrales, se hace preciso se coloquen dichos buques en disposicion de no recibir disparo alguno, pues de hallarse en sitio que favorezca la entrada de Escombreras ó ataque de los enemigos, no será responsable este gobierno de los perjuicios que puedan irrogárseles.

Tenemos el honor de ofrecer á V. nuestra consideracion más distinguida.

Cartagena 22 de Agosto de 1873.— El delegado de las armas, Félix Ferrer.— El general en jefe, Juan Contreras.— El presidente, Roque Bárcia.

Ciudadano comandante del buque de.....

BANDO.

Don Juan Contreras y Roman:

Hago saber:

Artículo 1.º Queda terminantemente prohibido el hacer fuego desde las azoteas, terrados y todo punto que no sean marcados por la autoridad militar, para la defensa de la plaza.

Art. 2.º Toda persona que infrinja esta prescripcion y haga fuego de otro punto que de los marcados para la defensa, será juzgada en consejo de guerra con todo el rigor de las leyes.

Art. 3.º Las casas de donde partiesen disparos voluntaria ó involuntariamente sobre las fuerzas ó puntos que defienden la poblacion, serán demolidas por las fuerzas y considerados como reos los que las habiten y en ellas se encuentren.

Art. 4.º Para el cumplimiento de estas disposiciones, la Junta de Salvacion, así como la autoridad militar, colocarán vigías en los puntos elevados de la poblacion que puedan ver las casas ó puntos en donde se faltase.

Salud y federacion.

Cartagena 23 de Agosto de 1873.—El general en jefe, Juan Contreras.

Los números 27, 28, 29 y 30 del diario de la federacion, no contienen documento alguno oficial.

(Núm. 34. — 3 de Setiembre.)

Junta Soberana de Salvacion de Cartagena.

Atendidas las razones que el Gobierno Provisional de la Federacion Española ha expuesto, esta Junta Soberana ha creído conveniente admitir su dimision, quedando los individuos de dicho Gobierno incorporados á la referida Junta, único poder soberano de Cartagena. Igualmente ha acordado tambien que se formen todas las secciones necesarias para la mejor administracion de los intereses públicos.

Cartagena 2 de Setiembre de 1873.—El Presidente, Pedro Gutierrez.

Desde este día queda constituida esta Junta del modo siguiente:

Presidente: Pedro Gutierrez.

Vice-presidentes: Roque Bárcia, Eduardo Romero Germes, José Banet, Alberto Araus.

Vocales: Juan Contreras y Roman, Miguel Moya, Alfredo Sauvalle, José Ortega Cañavate, Félix Ferrer y Mora, Pedro Roca, Nicolás Calvo de Guaity, Juan Cobacho, Bartolomé Pozas, José García Torres, Andrés Lafuente, Pablo Melendez, Fernando Pernas, Pedro Aleman, Nemesio de la Torre Mendieta, Manuel Cárceles, Gonzalo Osorio Pardo, Antonio Galvez Arce, Manuel F. Herrero, Francisco Ortuño, José Maculé, Juan José Martinez, Antonio de la Calle, José Ortega.

Secretario general: Andrés de Ralas.

Cartagena 2 de Setiembre de 1873.—El Presidente, Pedro Gutierrez.

Con objeto de organizar los servicios públicos, esta Junta queda dividida en seis secciones, que se denominarán comisiones 1.^a de Relaciones Cantonales y Etranjeras.—2.^a de Guerra.—3.^a de Servicios Públicos.—4.^a de Hacienda.—5.^a de Justicia.—6.^a de Marina.

Estas comisiones quedan constituidas en la siguiente forma:

COMISION DE RELACIONES CANTONALES Y EXTRANJERAS.

Presidente: Roque Bárcia, Nicolás Calvo Guaity, Gedro Gutierrez.—Secretario: Andrés de Salas.

COMISION DE GUERRA.

Presidente: Félix Ferrer, Antonio Galvez Arce, Pablo Melendez, Fernando Pernas.—Secretario: Antonio de la Calle.

COMISION DE SERVICIOS PÚBLICOS.

Presidente: Alberto Araus, José Banet, Miguel Moya, Juan José Martínez.—Secretario: Manuel F. Herrero.

COMISION DE HACIENDA.

Presidente: Alfredo Sauvalle, Pedro Roca, José Maculé, Juan Cobacho.—Secretario: Gonzalo Osorio Pardo.

COMISION DE JUSTICIA.

Presidente: Eduardo Romero Germes, Nemesio de la Torre Mendieta, José Ortega, Pedro Aleman, Francisco Ortuño.—Secretario: Andrés Lafuente.

COMISION DE MARINA.

Presidente: Bartolomé Pozas, José Ortega Cañavate, José García Torres.—Secretario: Manuel Cárceles.

Cartagena 2 de Setiembre de 1873. — El Presidente, Pedro Gutierrez.—El Secretario general, Andrés de Salas.

Esta Junta soberana confirma al individuo de la misma, ciudadano general Contreras, en el cargo de general en jefe de los ejércitos federales de mar y tierra que viene desempeñando.

Cartagena 2 de Setiembre de 1873. — Presidente, Pedro Gutierrez.—El Secretario general, Andrés de Salas.

Comision de servicios públicos.

Habiendo llegado á nuestra noticia que en esta plaza hay muchas ocultaciones de los artículos de comer, beber y arder, y con especialidad de trigos y harinas, esta comision ha resuelto:

1.º Todas las personas que tengan en su poder, bien para su consumo, bien para la venta, artículos de comer, beber y arder, quedan obligadas, desde el día de la fecha, á pasar á esta comision relacion circunstanciada de la cantidad y sitio de su depósito.

2.º Los que hasta el 5 del corriente no hayan cumplimentado esta disposicion, serán sometidos á la comision de Justicia, á más de perder totalmente los artículos que hubieran ocultado.

Salud y federacion.

Cartagena 2 de Setiembre de 1873.—El Presidente de la comision de Servicios públicos, Alberto Araus.—El Secretario, Manuel F. Herrero.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

Recepcion de los peregrinos alemanes por Su Santidad.—Como unos doscientos peregrinos alemanes y otra multitud de personas fueron recibidos por Su Santidad en audiencia el día 13 de Mayo último. Acompañaban al Padre Santo los Cardenales De Angelis, Bilio, príncipe de Chigi-Albani, Bizarri y otros. Entre los peregrinos alemanes se contaban individuos de todas las clases sociales, haciéndose notar entre otros muchos diputados y miembros de la nobleza el baron Félix de Loe, presidente de la Diputacion y de la Asociacion católica de Maguncia; los condes de Arco-Zinneberg, Fugger, Preysing y Hompesch; los barones de Mondsharr, Nagel, Spies, Bullesheim y Freiberg, y los diputados del centro Lingens y el doctor Bock.

Hé aquí el mensaje leído por el baron Félix de Loe en nombre de sus compañeros:

Mensaje de los católicos alemanes á Pio IX.—«Santísimo Padre: Vuestros hijos de la Iglesia católica de Alemania, unidos á sus hermanos de la grande y universal familia cristiana, cuyo gobierno os ha concedido Nuestro Señor Jesucristo, han acudido ya muchas veces, durante vuestro glorioso Pontificado, á rendir á los piés de Vuestra Santidad el homenaje de su amor filial á la santa Iglesia romana. Vos os habeis dignado recibirlos siempre con vuestro paternal amor, que se extiende á cada nacion en particular, y en general á todos los cristianos del universo.

Miradnos ahora, Santísimo Padre, rodeando vuestro trono inquietos

por recientes acontecimientos que aumentan todos los días nuestros dolores y que son consecuencia de las maquinaciones que han fraguado contra la santa Iglesia nuestras potestades temporales. Vuestra Santidad conoce perfectamente las circulares expedidas por el canciller del imperio germánico el 14 de Mayo de 1872 y comunicadas á todos los gobiernos de Europa. De comun acuerdo con nuestros ilustres Pastores, hemos protestado contra las falsas interpretaciones por cuyo medio se pretendia en dicha circular quebrantar nuestros dogmas y nuestra fé. Y hemos juzgado necesario, muy particularmente con ocasion de este hecho, venir á proclamar solemne y unánimemente ante Vos, Santísimo Padre, que ninguna intriga humana podia nunca alejarnos ni separarnos del Pontífice romano legítimo, pues tenemos muy presente que para salvarnos es menester que seamos hijos sumisos del Pontífice de Roma, y nosotros reconocemos siempre como único Pontífice soberano al que ha sido elevado á la Sede de Pedro, segun determinan las leyes eclesiásticas.

Hay tambien otra causa de dolor que nos trae á vuestros piés, y es que el gobierno del imperio germánico, con fecha 4 de Diciembre del año pasado, apoyado por una gran mayoría de votos, y á pesar de las enérgicas y sábias protestas de los diputados que defienden la causa católica, ha suprimido el puesto de embajador cerca de vuestra Santa Sede. Es indudable, y así lo comprueba la experiencia de estos últimos tiempos, que con esto no se han perjudicado mucho nuestros derechos; creemos, sin embargo, que este hecho implica un olvido lamentable respecto de los quince millones de católicos que cuenta el imperio germánico, y nos parece un nuevo esfuerzo por consumir un pernicioso divorcio con la Iglesia, con el cual nos arrebataria violentamente el Estado el único fundamento sólido de todo orden moral y político.

Nosotros, los católicos alemanes, estamos decididos, y lo estaremos siempre, á permanecer inmutablemente ligados á Vos, y más estrechamente aún, si es posible, con el sagrado lazo de la caridad, que á todos á Vos nos une, Santísimo Padre; y cuanto más se esfuercen nuestros enemigos por arrancarnos del centro de la Iglesia y alejarnos de los preceptos y observancias de nuestra fé, mayor será nuestro cuidado para cumplir con todos los deberes que nos prescribe nuestra conciencia, ayudada por la fé divina y conducida por el magisterio infalible de la Iglesia.

Para permanecer firmes y fieles á estos deberes nuestros, nos ayudará mucho, Santísimo Padre, lo que habeis escrito en términos tan magníficos en vuestra Encíclica de 24 de Noviembre de 1873. Gracias á Dios, los diversos géneros de martirio y de vejaciones que han sido y son víctimas entre nosotros tantos Sacerdotes y Obispos, siguiendo vuestro ejemplo, demuestran superabundantemente que el valor crece de dia en dia en nuestra flaca naturaleza. Si no podemos hacer que se restablezca la legacion del imperio germánico, procuremos suplirla enviándoos estos

diputados de vuestro pueblo católico para que depositen á los piés de Vuestra Santidad con este mensaje, y proclamen en alta voz, lo que piensan y lo que guardan en su corazón; para que os juren que estaremos unidos siempre con Vos y que no nos separaremos nunca de la legación celestial de que son ministros los ángeles, y que no cesaremos de rogar por vuestra conservación; para que depositen á vuestros piés la profesión de su obediencia á vuestra doctrina en todas partes y en todo lo que queráis.

No ignoramos, sin embargo, que estamos amenazados inminentemente por una tempestad nueva y más violenta quizá.

Por esto acudimos con más ardor á la fuente de las gracias, á Vos, Santísimo Padre, que, aunque cautivo, habeis anunciado al mundo cristiano el año de Jubileo, para que nuestras oraciones y nuestras obras de penitencia alejen de nosotros todas las calamidades que están suspendidas sobre las naciones para vengar los crímenes de nuestra época. ¡Ojalá hubiesen podido todos nuestros hermanos católicos visitar el suelo de los Apóstoles! Pero tenemos la firme convicción de que, aún cuando léjos de él, están presentes en vuestro corazón y los consolareis con la gracia de vuestra bendición. Suplicamos, pues, á Vuestra Santidad que tenga á bien transmitirles su bendición apostólica por medio de estos diputados, y que tengais á bien ayudarnos con vuestras oraciones para alcanzar del Sagrado Corazón de Jesús y de la protección de la Inmaculada Virgen y Madre la gracia de la perseverancia.

Nos dirigimos á Vos con el respeto más profundo, humildemente prosternados á vuestros piés y rogándoos que creais que somos y seremos los hijos de Alemania más sumisos á Vuestra Santidad.»

El Padre Santo se dignó contestar lo siguiente:

Discurso de Pio IX á los peregrinos alemanes. — «Vuestra presencia, amados hijos míos, al mismo tiempo que aumenta mucho el consuelo que dan á mi corazón todas las demostraciones católicas, me sugiere un pensamiento que voy á comunicaros. ¿Cómo es, me pregunto á mí mismo, cómo es que algunos de los que se llaman conductores de los hombres y de las cosas y tienen en su mano los medios de desencadenar contra la Religión católica todo el odio que Satanás pone en su corazón, cómo es que á pesar de ciertos triunfos que alcanzan sobre la Iglesia, caminan sin embargo entre las vacilaciones de la incertidumbre y se manifiestan llenos de agitación y de miedo, temiendo que sus injustos designios se desvanezcan de repente como la niebla al aparecer el sol?

Y vosotros, por el contrario, habeis convertido en blanco de ese odio, habeis salido de vuestra patria serenos y tranquilos, sin temer injustas cóleras ni preocuparos por desdenes inmerecidos. *Non est pax impiis*, ha dicho el Espíritu Santo; y en cuanto á vosotros, el Apóstol San Juan nos enseña que *Charitas foras mittit timorem*.

El que ama á Dios, el que desprecia las miradas humanas, el que rehúsa dividir su corazón en dos partes para agradar tan pronto á Dios

como á los hombres, el que se entrega con confianza en brazos de Dios, no teme la prision ni ningun género de amenazas, no teme nada de lo que pueda sufrir el cuerpo, porque quien ama á Dios está convencido de que el alma no puede ser muerta por nadie. Por esta razon todos los que sostienen la lucha en vuestro país con tanta constancia y firmeza tan admirables, Obispos, Sacerdotes y fieles, al mismo tiempo que ofrecen un espectáculo que consuela á la Iglesia militante y merece las bendiciones de la Iglesia triunfante, son como un espectro que espanta y confunde á sus enemigos.

Estos hermosos ejemplos de constancia contra los furors de los herejes no son nuevos ciertamente en vuestra patria. Dos siglos hace que nació en Silesia Juan Sarcander. Habiendo crecido en años y en piedad, se consagró al santuario, y siendo Pastor de almas, edificaba y santificaba á su rebaño. Los herejes concitaron gran odio contra él, y animados de infernal furor, apelaron á todos los medios imaginables para oprimirlo. Llegando por fin hasta poner sus manos sobre él, lo agobiaron á fuerza de oprobios, lo sujetaron á los tormentos más crueles, é hicieron de él un mártir que derramó toda su sangre por afirmar la fé de Jesucristo. Hace algunos años que plugo á Dios elevarlo á los altares, y seguramente que en estos dias de prueba no deja de rogar por vosotros, por vuestros Obispos y por el pueblo desde lo alto de las moradas celestiales.

Os diré tambien que para manteneros siempre firmes y constantes en los sanos principios, vosotros, del mismo modo que todos los católicos, necesitais obtener de Dios tres gracias especiales para marchar con seguridad por su camino. Permittedme hacer á este propósito una comparacion. Pienso que habrá algunos de entre vosotros que hayan visitado las Catacumbas de Roma. Bajo el imperio de un buen deseo, é impulsados por su devocion, habrán bajado á las entrañas de la tierra para contemplar estas santas necrópolis donde habitaron y descansaron tantos mártires y tantos héroes de la Iglesia.

Para guiar sus pasos en medio de la oscuridad, habrá tenido necesidad cada peregrino de una pequeña luz para alumbrar su camino y no tropezar en él; habrá tenido necesidad de un guía para indicarle los mil circuitos de estos subterráneos, los que han de seguirse para llegar á estos santos lugares, en donde predicaron los Pontífices romanos las verdades de la fé é inflamaron en santo amor de Dios el corazon de los pueblos. De la misma manera, para visitar con fruto para el alma estos preciosos restos, habrian debido mirar precisamente estos recuerdos de la piedad cristiana en los primeros tiempos que se practicaban á los ojos de los fieles hace quince ó diez y siete siglos, tales como están hoy, salvo la pobreza de la forma, que indicaba la permanencia de la persecucion. En efecto; aún se conservan en estos lugares subterráneos las imágenes de los Santos y de la Santa Virgen María; las imágenes de Jesucristo, que bajo el emblema del Pastor lleva sobre sus hombros la

oveja descarriada y se dispone á volverla al redil. Despues de haber satisfecho su devocion, y siempre con el mismo guía y la misma luz, habrá subido el peregrino las mismas escaleras ántes de volver á ver la luz y de encontrarse de nuevo con el esplendor del sol.

Amados hijos míos, tres cosas son necesarias para que nos mantengamos fieles en el ejercicio de todos nuestros deberes. Necesitamos, ante todo, la luz de la fé, para que pueda mostrarnos entre tantos errores, tantos principios falsos y tantas blasfemias como se multiplican todos los días sobre la superficie de la tierra, el camino seguro que debemos seguir, que es el de la verdad, impidiendo de esta suerte que demos pasos en falso. Pero esto no es suficiente: como el juicio particular de cada uno, inspirado por el desprecio de la autoridad de la Iglesia, ó por el orgullo, se ha infiltrado en el espíritu de muchos, especialmente en vuestra patria, es más evidente ahora que nunca la necesidad de un guía. Este guía le tenemos en los Pastores de la Iglesia, de quienes debemos recibir consejos santos y útiles enseñanzas, y acogerlas con docilidad y con corazon sencillo y bien preparado. En estos mismos momentos, vuestros Pastores dan, sobre todos, ejemplo de constancia y de firmeza, que causa general admiracion.

Acaso direis que puede suceder alguna vez que un guía no indique el buen camino. Sí, es posible; porque extendiéndose la Iglesia católica por todo el globo y ocupando un espacio que puede llamarse inmenso, puede suceder que algunos hayan olvidado la verdad, y habiéndola olvidado no puedan enseñarla á los demás. En este caso, como siempre, teneis á la Santa Sede, al Pastor supremo, cuya mision es levantar al caido, y que dirá al *soi disant viejo-católico*, al católico que ha claudicado, al que quiere someter los derechos inalienables de la Religion á las exigencias de la política mundana, á aquel, en fin, que no siendo del todo racionalista, se niega sin embargo á someterse á la autoridad; dirá á todos, valiéndose de las mismas palabras de Jesucristo: *Qui non colligit mecum, dispergit*. Sí, dirá á todos que el que no está unido con el Papa no recoge, sino que echa la semilla al viento y no producirá nunca frutos, ó los frutos que dé serán frutos de iniquidad.

El guía que conduce al peregrino á través de los caminos subterráneos de las Catacumbas, le hace observar las imágenes de los Santos que hay pintadas sobre las húmedas y deterioradas paredes de estos venerandos lugares. Pues bien; la vida y los hechos de los Santos deben ser para nosotros materia importante de reflexiones. Debemos trabajar por imitarlos. Si se pára atencion en ello, se verá que no hay clase alguna de personas que no tenga Santos en el cielo, los cuales han dejado á todos, y en particular á cada uno, singulares ejemplos que imitar.

Las viudas aprenderán el amor al retiro; las mujeres casadas el celo para la santificacion de sus familias. En el bello ejército de los mártires se encontrarán jóvenes, niños que han sellado con su sangre la confesion de su fé; los hombres encontrarán allí ejemplos de buen sentido y

de prudencia cristiana; los militares, ejemplos de constancia; los artistas, ejemplos de paciencia y de amor al trabajo; los reyes mismos encontrarán tambien modelos que imitar en tantos soberanos que ilustraron el trono, sea enrojeciéndole con su sangre, sea ornándole con todas las virtudes, virtudes que no les permitieron retenerle en perjuicio de la conciencia y de la justicia. Todos los estados, todas las clases verán la manera como pueden ser imitadas la fé y el ejemplo de los Santos, y Dios les dará la gracia y las fuerzas necesarias, á fin de que la fé y la caridad no lleguen á extinguirse, y cada uno pueda cumplir las obras que deben asegurar su propia santificacion.

Despues de todo, hijos queridos, no hay otra cosa que hacer, sino tener una fé viva, seguir el ejemplo de los Santos, mantenerse estrechamente unidos al centro de verdad, que es esta Sede Apostólica, al Papa, cuya mision es de apacentar á todo el mundo, siguiendo el divino precepto: *Pasce agnos, pasce oves*. De este modo, todos unidos estrechamente, formaremos esta roca inquebrantable que no teme á ningun enemigo, cualquiera que sea. *Charitas foras mittit timorem*.

En fin; así como el peregrino, despues de haber recorrido las vías oscuras y subterráneas en las entrañas de la tierra, vuelve á ver la luz del sol, así debemos nosotros esperar tambien que, despues de haber caminado á través de las tinieblas de errores que oscurecen la verdad, podremos volver á ver ese sol que nos iluminará el horrible espectáculo que ofrecen todos aquellos que dicen que el bien es el mal y que el mal es el bien, y nos permitirá evitar su dañoso y contagioso roce.

Sin duda, lo sé tambien, no es la paz duradera en esta tierra. Ved á los hebreos escapados de la servidumbre de Faraon; despues de grandes trabajos llegaron por fin á la tierra prometida; se instalaron á la sombra de frondosos verjeles y admiraron campiñas ricas y fértiles. Sin embargo, esto no impidió que de tiempo en tiempo fuesen molestados por los pueblos vecinos, como si Dios hubiese querido decirlés á ellos y á nosotros que nuestra patria está en el cielo; que aquí abajo somos peregrinos, y que en el cielo solamente encontraremos la paz estable y permanente.

Invoquemos, pues, esta paz, pidámosela á Dios, oh amadísimas almas, para que penetrando su bendicion en nuestros corazones, los llene de esta caridad que es necesaria para gozar de esta paz en medio de las tribulaciones. Cuanto más abrasada está un alma en el amor de Dios, mayor es su fortaleza para sobrellevar con resignacion las penitencias y tribulaciones que Dios se digna enviarnos.

Invocando esta bendicion, ruego á Dios que tenga á bien sostener en este momento el brazo de este pobre anciano, que es suyo, que es su indigno Vicario; que bendiga vuestros cuerpos, pero mucho más todavía á vuestras almas; bendiga tambien á vuestras familias; devuelva la paz á vuestra patria, y con ella el orden y el respeto á la Religion fundada por Jesucristo. Que Él os bendiga asimismo en el viaje que vais á hacer

para volver al lado de vuestras familias, y os bendiga sobre todo en la hora de la muerte, para que tengais el inmenso consuelo de depositar vuestras almas en sus divinas manos, y os hagais así dignos de bendecirlo y alabarlo en todo tiempo y por los siglos de los siglos.

Benedictio Dei, etc.»

Un documento notable concerniente á monseñor Dupanloup. — A pesar de ser algo atrasado, no queremos dejar de insertar en esta Revista el documento siguiente, así por la importancia que en sí tiene, como por la persona á que dice relacion.

El Papa dirigió un Breve honrosísimo á monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans, con motivo de la carta de este insigne Prelado al ministro italiano Minghetti. Hé aquí el documento:

« Pío IX, PONTÍFICE. — Venerable hermano, salud y bendicion apostólica: Aunque la imprudencia inaudita con que los compromisos más sagrados son violados todos los dias con mayor audacia por los hombres que gobiernan á Italia haya levantado aquí y allí la desaprobacion y las quejas de todas las personas honradas, y á veces las de los mismos periódicos que se muestran hostiles á la religion, sin embargo, venerable hermano, Nos pensamos que habeis hecho la obra más oportuna y más útil descorriendo el velo á toda la série de solemnes promesas hechas por los mismos hombres para engañar al pueblo y contener la indignacion de las potencias, oponiéndoles los hechos que demuestran la violacion flagrante de las tales promesas.

Sin duda, como vos lo habeis dicho bien, no será eso lo que contenga la audacia de esos hombres sin fé, y saque de su adormecimiento á los que, dejando que se realicen impunemente esas iniquidades, ellos mismos se preparan su pérdida: no obstante, reunidos, ordenados, comparados como lo son uno y otro en vuestro escrito, es imposible que los hechos no impresionen á los que os lean, y no susciten en ellos, si no han perdido todo sentido moral, la execracion de tanta mentira y tanta audacia.

Os felicitamos, pues, por haber empleado las dotes brillantes que Dios os ha concedido de talento, de actividad laboriosa y de elocuencia, en arrancar de la frente de esos hombres la máscara de *legalidad* con que se esfuerzan en cubrirse siempre que traman alguna nueva injusticia, alguna nueva iniquidad.

En efecto, no es causar una herida ligera al mal el presentarlo desnudo á la luz en toda su ignominia.

Suceda lo que suceda, indudablemente vuestro escrito, confortando á las personas honradas, es propio para abrir los ojos á muchos de los que se han engañado, y tal vez para producir una vergüenza saludable en más de uno de nuestros enemigos, como para apartarlos del camino errado en que se han metido.

Pedimos con instancia á Dios que vuestro escrito obtenga ese resultado; y, como prenda del favor celestial y de nuestro particular afecto, os damos, del fondo de nuestro corazon, venerable hermano, á vos y á vuestra diócesis, nuestra bendicion apostólica.

Dado en San Pedro de Roma el 19 de Octubre de 1874, de nuestro Pontificado el vigésimonono. — Pío IX, PAPA.»

Sesion solemne de «La Juventud Católica» de Madrid. El domingo 20 de Junio á las ocho y media de la noche se celebró la solemne sesion, con que la Juventud Católica de Madrid conmemoró el 29.º aniversario de la exaltacion al Trono Pontificio de Su Santidad el Pontífice Pío IX.

«Desde una hora ántes, dice *La España Católica*, la vasta sala de visitas de las Escuelas Pías de San Antonio Abad, se llenó de numerosa concurrencia, ávida de escuchar voces que lo azaroso de los tiempos habia hecho enmudecer, y que tan queridas son de los que, entusiastas de la Juventud Católica, la han seguido en todas sus vicisitudes, al mismo tiempo que de rendir un tributo de adhesion y de respeto al inmortal Pontífice que ocupa la Cátedra infalible de Roma.

» Poco despues de las nueve entraron en el salon el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, monseñor Simeoni, el Patriarca de las Indias, señor Benavides, y el Auditor de la Nunciatura, monseñor Rampolla, acompañados de la Junta directiva de la Academia, ocupando acto seguido la presidencia y dando principio la sesion.

» El presidente Sr. Godró, pronunció un breve y elocuente discurso de introduccion para dar cuenta á la concurrencia del objeto de la reunion y de las causas que habian decidido á la Juventud Católica á darle toda la mayor posible solemnidad.

» Recordó que la Academia habia recibido de Su Santidad repetidas muestras de cariño, así como de los más eminentes Prelados de la Iglesia, que la habian honrado repetidas veces asistiendo á sus sesiones; procuró hacer el retrato de Pío IX, aunque considerándolo obra imposible para ser trazada por mano de los hombres, pues sus condiciones, su genio, su santidad, rayan tan alto, que es imposible humanamente trasladar al lienzo el rostro que inspiran los ángeles y que asiste el Espíritu Santo.

» Declaró que la Juventud Católica, firme en sus convicciones, rechazaba todo trato y todo acomodamiento con los enemigos de la Iglesia, con los que están sentados en las sombras de la muerte, y con los que quieren que el error y la verdad se unan en estrecho abrazo; y que siempre sería fiel á su programa de defender la unidad católica. Sentimos que el poco espacio de que podemos disponer nos impida dar cuenta más extensamente de este discurso, uno de los más elocuentes

del Sr. Godró, y que más han acreditado sus grandes condiciones de orador.

» El Sr. Barsi pronunció despues un notabilísimo discurso sobre las vicisitudes por que había pasado la Juventud Católica y los favores que había recibido de insignes Prelados, que constantemente la habían alentado y sostenido con sus consejos y bendiciones.

» Recordó que un día solemne la Juventud Católica protestó de la pérdida de la unidad religiosa, marchando al templo á jurar sobre los Santos Evangelios en manos del venerable Obispo de Daulia, del cual hizo un cumplido elogio, que nunca reconocerian la libertad de cultos y nunca dejarían de trabajar para que España recobrase la más preciosa de sus glorias, la que sus padres le legaron como un sagrado depósito.

» Extendióse despues en demostrar con ejemplos tomados de la historia desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, la gran ventaja de la unidad, á la cual tendían todos los pueblos, y por la cual suspiraban todas las almas elevadas.

» No nos es posible tampoco dar un extracto más extenso del señor Barsi, que impresionó vivamente al numeroso público que le escuchaba, y que le interrumpió más de una vez con nutridos aplausos.

» Leyéronse despues poesías por los Sres. Rosanes, Carulla, marqués de Monesterio y Godró. La de este último entusiasmó á la concurrencia, que repetidas veces interrumpió á su autor, obligándole á suspender su lectura.

» Monseñor Simeoni, desde el sillón de la presidencia, dirigió finalmente la palabra á los concurrentes, para manifestarles la emoción que sentía y la gratitud que experimentaba su ánimo al encontrarse en el seno de una Academia tan celosa, tan amante, tan entusiasta de Pio IX.

» Todas las leyes, dijo, están perturbadas, la Religión se retira de la familia y de la sociedad, el error va por todas partes seduciendo inteligencias y corazones; pero vosotros permanecéis firmes en la verdadera doctrina, cosa difícil en estos tiempos, añadía el ilustre Prelado, cosa difícil, dada la raza de hombres mentirosos y engañadores, que van por aquí y por allá sin obstáculo alguno.

» El señor Nuncio, en medio de la religiosa atención del auditorio, continuó dando algunos saludables consejos á la Juventud Católica, y concluyó anunciando la grata noticia de que Su Excelencia el Cardenal Antonelli enviaba, en nombre de Su Santidad, su apostólica bendición á todos los presentes. Prostrados éstos y con el mayor recogimiento la recibieron, levantándose la sesión al grito de ¡Viva Pio IX.»

En otras ocasiones hemos loado cual se merecen los trabajos fecundos y nobles de «La Juventud Católica» de Madrid. Y hacemoslo también hoy, deseando á la ilustre y generosa asociación la paz y prosperidad que ha menester para sembrar en las nuevas generaciones, esperanza de la patria, semillas puras de sana y vigorosa doctrina.